



SS

**SERVICIO
SECRETO**

REX PRESTON

**LA VIDA EMPIEZA
MAÑANA**

de

Una calma soberana parecía haberse apoderado de la ancha extensión del océano en los confines de la Malasia, sobre la misma raya del mar de Java australiano. La noche era rigurosamente oscura, como si las sombras hubieran hecho de aquel paraje el centro primordial de su reinado. A largos intervalos, se quebraba la atenazadora uniformidad con el centelleo fugaz de tenues fosforescencias que los peces encendían en la superficie de unas aguas quietas.

El portaaviones norteamericano «Midway», navegando lentamente y sin luces, semejava un buque fantasma, de leyenda. Sus potentes hélices batían ahora las aguas con estudiada pausa, sin que por eso la gigantesca mole de acero dejase de avanzar, inexorable hacia el mar de la Sonda, frente a las costas meridionales de Java, entre Surakarta y Djogakarta.



Rex Preston

La vida empieza mañana

Bolsilibros: Servicio Secreto - 82

ePub r1.0

jala y xico_weno 05.07.17

Título original: *La vida empieza mañana*
Rex Preston, 1952

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





Rex Preston

La vida empieza mañana

1ª. EDICIÓN

FEBRERO - 1952

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

**LA VIDA
EMPIEZA
MAÑANA**

**FOR
REX PRESTON**



CAPÍTULO PRIMERO

Una calma soberana parecía haberse apoderado de la ancha extensión del océano en los confines de la Malasia, sobre la misma raya del mar de Java australiano. La noche era rigurosamente oscura, como si las sombras hubieran hecho de aquel paraje el centro primordial de su reinado. A largos intervalos, se quebraba la atroz uniformidad con el centelleo fugaz de tenues fosforescencias que los peces encendían en la superficie de unas aguas quietas.

El portaaviones norteamericano «Midway», navegando lentamente y sin luces, semejava un buque fantasma, de leyenda. Sus potentes hélices batían ahora las aguas con estudiada pausa, sin que por eso la gigantesca mole de acero dejase de avanzar, inexorable hacia el mar de la Sonda, frente a las costas meridionales de Java, entre Surakarta y Djogakarta.

Desde la base provisional de, la isla Melville, al Norte del golfo de Diemen, había navegado forzando las máquinas, escoltado por el destructor australiano «Bataan» y el navío «Evertsen», de la marina real holandesa, pero al llegar a la altura de las islas Bali y Lombok, se adelantó a la formación y su enorme proa semejava querer clavarse como un ariete en los bajos rocosos, inmediatos al gran país de las especias.

Sobre la cubierta, y al extremo mismo de la achatada popa, un helicóptero «Dragonfly» dejaba oír el runruneo de sus motores al accionar las horizontales asas.

De pronto se produjo un movimiento inusitado de personas en el puente, y seis figuras, veladas por la obscuridad, avanzaron sobre la brillante superficie metálica en dirección hacia donde se encontraba el aparato. Al llegar frente a la portezuela, se detuvieron y dos de

ellas, destacándose de las demás, se mostraron como los inmediatos pasajeros del helicóptero. El comandante del buque les tendió la mano, a tiempo que su voz resonaba con emocionado y cálido acento:

—Mucha suerte, señora Bessel. Mucha suerte, John. —Luego, dirigiéndose al piloto, que asomaba la cabeza por la ventanilla abierta del morro, preguntó—: ¿Todo listo, Filmar?

—Listo —repuso aquél, agitando el brazo a manera de saludo y cerrando de un golpe seco el mirador.

La señora Bessel y el llamado John subieron a bordo de la aeronave, y a los pocos momentos se elevaban majestuosamente en medio de un apagado susurro que se fue diluyendo. La noche, como una garganta inmensa, los engulló del todo.

Hasta no estar a mil metros, el silencio imperó dentro del helicóptero. La señora Bessel tuvo la impresión de que volaban a través de una espesa maraña de algodón teñido de negro, y no pudo evitar un estremecimiento, pero hizo todo lo posible porque su estado de ánimo, irremediable a causa de lo arrojado de la aventura, no fuera advertido por su compañero.

Se habían acomodado a espaldas de los pilotos, atentos ambos al cuadro de mando y a las incidencias de la navegación. El primero de los tripulantes, Filmer, parecía hallarse encadenado a los instrumentos, en tanto que el otro con los auriculares bien apretados a los oídos, procuraba mantenerse en constante comunicación con los barcos de guerra.

La señora Bessel habló al fin, incapaz de seguir sosteniendo aquel mutismo incisivo.

—Hace calor —comentó, abanicándose con la visera del pequeño gorro de tela color caqui que hasta este momento había ajustado su dorada cabellera.

John sonrió benévolo, antes de replicar:

—¿No será que sus nervios se hallan sometidos a un ejercicio demasiado violento, señora Bessel?

Ella lo miró unos segundos, sin saber qué responder, pero luego sonrió para decir:

—Es posible, John. Nunca me hubiera creído con fuerzas suficientes, y quizá por ello no puedo evitar cierta alarma.

—¿Está arrepentida?

—Eso, no —protestó, sereno.

—¿Acaso confía en hallar a su marido y a su hermana?

Ella replicó con un movimiento afirmativo de cabeza y un fruncimiento de labios.

John agregó:

—Entonces, vale la pena correr este riesgo. ¿No le parece?

La mujer se irguió solemne.

—No me conoce bien, si es eso lo que cree. Encontrar a mi marido y a Norma es una remota y feliz posibilidad, pero no la causa fundamental de mi presencia en este sitio. Usted lo sabe. De otro modo, ni el Estado Mayor me hubiera autorizado ni yo podría sentirme satisfecha de mí misma.

John contempló algo turbado las facciones hermosas, pero enérgicas, de la señora Bessel, antes de excusarse.

—Lo sé. Y crea que ahora empiezo a preocuparme seriamente por usted.

—¿Acaso no me considera apta para llevar a cabo el servicio que nos conduce a ese lugar?

—Desde luego que sí —se apresuró a afirmar él, con sinceridad—. No es a eso a lo que he querido referirme, y si quiere que le diga lo que pienso, lo haré sin disimulos. Sé que es usted una mujer valerosa, pero no desearía tener sobre mi conciencia la responsabilidad de un desastre.

Ella le contempló unos momentos de modo inexpresivo, y luego, tras de morderse imperceptiblemente el labio inferior, inquirió, en son de reproche:

—¿Cómo no se le ocurrió antes hacerme estas consideraciones? ¿Temía entonces que renunciara a ser de la partida?

John pestañeó inquieto, sin saber qué contestar.

—Pues, no sé —se expresó al cabo—. Puede que hasta este instante no me haya dado cuenta del peligro que nos aguarda. Podemos morir, o quizá nos ocurra algo mucho peor...

—No se inquiete —atajó ella, enérgica—. La profesión que ejercemos impide que la muerte sea causa de sorpresa, y si llega, de nada iban a servirle los reparos de conciencia. ¿No le parece?

John hubiera querido decir algo, pero la voz del segundo piloto se dejó oír monótona:

—Habla «Dragonfly» H. 2. Habla «Dragonfly» H... 2...

Ella y John permanecieron atentos.

El piloto continuó:

—Volamos sobre la cumbre del volcán Sindore. Visibilidad cero. Seguimos rumbo a Samarang, y costearemos hasta Cheribon. Cambio.

Filmer volvió el sonriente rostro hacia sus pasajeros, y alargando el brazo, dio vuelta a un interruptor. Las palabras del comandante del «Midway» se escucharon claras y precisas.

—Habla «Midway». Habla «Midway». Comuniquen al tomar tierra. Comuniquen al tomar tierra. Corto.

—¡Vaya! —exclamó la señora Bessel, una vez que la comunicación quedó interrumpida—. Había comenzado a sospechar si seríamos los únicos habitantes del planeta.

—Ya ve que no —repuso, alegremente, Filmer—. A mil pies de profundidad tenemos ahora un edén maravilloso: el paraíso javanés.

—Convertido en infierno para millares de hombres, mujeres y niños —comentó John.

—Y en el que van a posarse dentro de breves momentos —señaló el segundo piloto que observaba una carta de navegación, extendida en sus rodillas y sobre la cual derramaba la luz tenue de una diminuta linterna sorda.

El helicóptero había comenzado a descender, y sus hélices apenas si producían un apagado rumor al batir una atmósfera tibia y húmeda al mismo tiempo. La obscuridad que los rodeaba seguía siendo absoluta, y Filmer accionó los mandos de modo que el aparato quedó inmóvil, como si se hallara suspendido en el espacio por una mano invisible.

—Nos encontramos en el punto exacto —dijo—. La selva se abre impenetrable a nuestros pies, y sólo falta la señal convenida. —Se volvió de cara a la mujer, para agregar—: ¿Impresionada?

—Mentiría si dijese que no —confesó ella, con una sonrisa, encasquetándose el gorro y recogiendo un abultado saco de mano.

—Permítame decirle que la admiro de veras, señora Bessel. —No pudo contenerse Filmer, quien añadió—: No sabe cómo deseo que todo vaya bien y ojalá me quepa la satisfacción de ser yo mismo quien la recoja cuando haya terminado su trabajo.

—¿Es que no piensa en que puedan venir a hacerlo todos? —dijo ella, forzando el gesto de sorpresa.

El segundo piloto, que había estado observando la insondable obscuridad, cortó de pronto el diálogo con estas palabras:

—¡Miren! Es la señal.

Surgiendo de la compacta masa de las sombras, a una distancia que no era posible determinar, acababa de refulgir un débil parpadeo de luz.

—Hay que descender en perpendicular —agregó el piloto, después de observar el centelleo durante unos momentos.

Filmer puso en marcha el mecanismo, y el helicóptero comenzó a bajar lentamente, procurando no separarse de la vertical y sin que el aparato produjera más que un apagado mosconeo. La señora Bessel y John permanecían mudos y atentos a la maniobra, mientras en sus rostros se reflejaba claramente la ansiedad de que se hallaban poseídos.

El brillo de la luz se fue haciendo más intenso, y no tardó la aeronave en encontrarse a pocos metros de él. Sólo entonces les fue posible a los ocupantes del helicóptero distinguir una reducida parte del lugar en que aterrizaban. Aunque difuminada por la cerrazón, la explanada sobre la que descendían se hallaba limitada por la exuberancia de una vegetación que les hizo pensar si no habrían caído en un pozo extraño y fabuloso, de paredes blandas, movedizas, pero de un espesor incalculable.

Cuando el aparato se posó al fin sobre un suelo cubierto de crujiente hojarasca, la persona que había mantenido enhiesta la luz, como un faro terrestre, corrió hacia ellos salvando los escasos metros que le separaban del helicóptero, a saltos sobre una áspera alfombra de lianas tronchadas y ramaje selvático.

La señora Bessel saltó a tierra, seguida de Filmer. Antes lo había hecho John, quien se apresuró a presentarla al individuo que les aguardaba.

—Éste es Staboren —dijo—. Ya sabe usted de él todo lo necesario.

—Encantada, Staboren —se expresó ella, tendiéndole la mano—. Su trabajo es admirable, y espero que con su ayuda resulte más fácil el nuestra.

—Así lo deseo yo también —repuso el hombre—. Ahora, síganme. Debemos alejarnos cuanto antes de este lugar. Nunca es posible establecer el punto y hora en que veremos surgir a uno de

esos «cerdos». Dispongo de un *bungalow* a más de un kilómetro de aquí. Procuren no pisar sino donde yo lo haga. Una caída entre la maleza, podría tener fatales consecuencias. ¡Ah! Y no digan nada. Ya tendremos tiempo de hablar en el momento oportuno.

La señora Bessel asintió con un movimiento de cabeza y volvió el rostro hacia donde había quedado el helicóptero. La débil claridad que la linterna sorda del segundo piloto esparcía en el interior del aparato, le permitió distinguir a Filmer. Le pareció que éste agitaba el brazo en señal de despedida, y correspondió con un movimiento igual, acompañado de una sonrisa, aun estando segura de que no sería advertida.

También Filmer les vio sumergirse en las sombras, y no pudo contener una exclamación.

—¡Es una mujer muy valiente!

El segundo piloto asintió con un guiño y un fruncimiento de labios, al mismo tiempo que conectaba el aparato de radio y el helicóptero se iba elevando.

—Habla «Dragonfly» H. 2. —comenzó a decir—. Habla «Dragonfly» H. 2. Cambio.

—A la escucha «Midway» —no se hizo esperar la respuesta—. A la escucha «Midway». Hable.

—Objetivo cubierto. Objetivo cubierto. Despegamos. Corto.

La luz del alba había comenzado a asomar difícilmente tras la cumbre del Sindore, cuando el helicóptero de la Armada giró sobre sí mismo y enderezó la proa rumbo al mar.

* * *

El puesto de mando del Estado Mayor Aliado, sito en un determinado lugar del Pacífico, se encontraba bastante concurrido en aquella hora de la madrugada. La reunión estaba presidida por el propio general en jefe, y en torno suyo sentábanse los principales jefes de todas las unidades sanitarias del Extremo Oriente.

Frente a ellos, y sobre una mesa de campaña, un aparato de radio, potentísimo, dejó oír de pronto el silbido precursor de la sintonía. A los pocos segundos, la voz del que hablaba resonó con entonaciones graves que no disimulaban su emotividad.

—Aquí «Midway». Aquí «Midway». Objetivo *Lazareto* alcanzado.

Objetivo *Lazareto* alcanzado. Cambio.

Uno de los presentes, el de mayor graduación después del Comandante Supremo, se aproximó al aparato, y haciendo, accionar la conexión, dijo:

—Está bien, Vincey. Le felicito. Haga extensiva nuestra enhorabuena a todos los hombres, particularmente a Filmer. Ahora vuelvan a su base. Corto.

Los semblantes de los allí reunidos reflejaron bien claramente la alegría que la noticia acababa de producirles, y fue el mismo que ya había hablado el que se volvió hacia los demás para decir:

—El caso de la doctora Fanny Bessel y el doctor John Baring, representa algo único y desconocido hasta hoy en la historia del M. I. 5, el Departamento Especial de «Comandos» del Ejército de Estados Unidos.

—Eso creo yo también —intervino el general—. La operación *Lazareto* quedará como ejemplo y modelo de lo que significa una voluntad poderosa y un ánimo sereno, puestos al servicio de los deberes que, para con nosotros mismos, y para con la Humanidad, tenemos contraídos.

—Así es, mi general —habló otro de los presentes—. Si la doctora Bessel y el doctor Baring triunfan en esta misión que se les ha confiado, no serán sólo nuestros compatriotas los que se salven de la amenaza terrible que ahora mismo se cierne sobre millares de prisioneros americanos y europeos, sino los mismos que, convertidos hoy en implacables enemigos, parecen haber olvidado los más elementales principios de caridad y amor al prójimo...

—¿Pueden decirme qué otras medidas se han tomado para garantizar el éxito de esta empresa? —le interrumpió el general.

—Con anterioridad, fueron enviadas a Staboren cincuenta mil ampollas de suero antipestoso, suficientes para vacunar a un cuarto de millón de personas. Lanzadas en paracaídas por Filmer, durante la noche y en el lugar señalado por nuestro agente, se encuentran ahora en el hotel que Staboren posee en Garcet, a la espera de que la doctora Bessel y el doctor Baring, de acuerdo con el propio Staboren, procedan a su distribución entre los diferentes campos de prisioneros. Cualquier contratiempo que surja, o la necesidad de otra ayuda, nos serán comunicados por el sistema de costumbre.

—¿Es grave la epidemia? —preguntó el jefe supremo,

incorporándose.

Todos le imitaron, y el que hasta entonces había llevado la voz cantante, repuso, aceptando el pitillo que el general le tendía:

—La más intensa padecida por los habitantes de Java. En esta isla, donde la peste tiene un carácter endémico, acaba de manifestarse ahora en su aspecto pulmonar el de mayor peligro tal vez para la vida de los atacados. Los que ya padecen la enfermedad están condenados a muerte de manera irremisible, puesto que nada podemos hacer para aplicarles el tratamiento.

—¿En qué funda, pues, sus esperanzas, Mayor?

—En lo que Fanny y John sean capaces de hacer.

—¿Cómo se le ocurrió pensar en ella?

—Ricardo Bessel, su esposo, acababa de ser incorporado como Jefe de Sanidad a la guarnición de Batavia, cuando se produjo la invasión japonesa. Allí, junto a su cuñada Norma que le había acompañado, estaban a la espera de la llegada de Fanny. Por eso, ella ha querido que se le dé este trabajo, y no fue posible negárselo. La señora Bessel es una experta en enfermedades infecciosas. Por otra parte, la esperanza de encontrar a su esposo y a su hermana será un fuerte estímulo aplicado a su voluntad de vencer.

—Está bien, Mayor —repuso el general, tendiéndole la mano—. Espero que cuando desembarquemos en Java, estén vivos y nos sea posible felicitarles de palabra. Los héroes como ellos lo agradecen más de esta manera que cuando, después de muertos, se les honra con ceremonias necrológicas.

Y tras de corresponder al saludo militar de los allí congregados, el jefe supremo aliado en el Pacífico abandonó el puesto de mando.

CAPÍTULO II

Había comenzado a amanecer. Sin embargo, la luz del alba apenas si lograba hacer llegar sus primeros resplandores al grupo que, formado por la doctora Bessel. John Baring y Staboren, se afanaba por abrir paso a través de aquel caos de vegetación que los oprimía.

Java aparecía ante ellos con el esplendor de una fecundidad inconcebible. El calor, la humedad superabundante, convierten el suelo en un emporio vegetal, de una variedad y vigor incomparables. Allí donde el hombre no descuaje, el árbol es rey. Java, aun siendo la más poblada de todas las islas, de la Malasia, conserva por todas partes admirables restos de su envoltura forestal. En las tierras húmedas y pródigas del litoral, y en las pendientes muy recadas, el suelo no deja ya espacio para todas las plantas que en él se aglomeran. Palmeras de cincuenta especies diferentes, bananeros, tecks, helechos arborescentes, bambúes colosales. Cada tronco de árbol se recubre de lianas que ligan las ramas unas con otras, y, escapándose, por las bóvedas de follaje, se elevan los penachos de las palmeras, segundo bosque que se yergue por encima del primero.

A través de éste, laberinto verde, un verde de cien tonalidades diversas, Fanny y John caminaban a duras penas en pos del hombre que les animaba con el ejemplo.

—Estamos cerca —dijo éste—. Y no olviden de agradecer a la Naturaleza su prodigalidad. Sin este espeso velo que nos envuelve, es posible que ya hubiésemos engrosado el número de los que los japoneses han pasaportado para el otro barrio.

—Es una bella perspectiva —comentó ella, pasándose el dorso de la mano por la frente sudorosa.

—¡Silencio! —ordenó Staboren con energía, empujándolos hacia

el pie de una enorme palmera, cuyo tronco se hallaba completamente recubierto de lianas.

Obedecieron, pero la doctora no pudo reprimir una pregunta anhelante:

—¿Están ahí?

—¡Chis! —instó de nuevo Staboren—. Esta parte de la selva no es menos peligrosa porque en ella no abunden demasiado los nipones.

Se hallaban agazapados bajo un espeso amasijo de lianas, y Staboren, que había hecho brotar en su mana un revólver de cañón desmesurado, continuó hablando:

—Tenemos otras alimañas de las cuales precavernos. Me refiero a los habitantes de cuatro manos, de que tan bien poblado se encuentra este país.

—¿Fieras? —indagó, algo trémula, la doctora.

—Y del más variado pelaje. Elefantes, rinocerontes, tapires, tigres, leopardos, toros salvajes y, sobre todo, la célebre pantera negra de Java, amén de no pocos reptiles a cual más repugnante y peligroso. Pero, supongo —agregó Staboren, mirando a la doctora con algo de sorpresa— que usted no ignoraba todo esto, ¿verdad?

—¡Oh, no! —se excusó ella, con una sonrisa forzada—. Estaba ya al corriente de tan sugestivo panorama, aunque reconociera que el entrar en contacto directo con tan tremendos personajes, siempre resulta un poco impresionaste.

—Desde luego —convino el hombre—. Ahora que, no debe preocuparse. Sólo atacan cuando se encuentran hambrientos y, por el momento, los japoneses se encargan de suministrarles bastante comida a costa de los miserables despojos de nuestros desdichados compatriotas.

—Bueno. ¿Qué hacemos aquí? —terció Baring, levantando el rostro como si quisiera divisar algo a través del tupido celaje que los circundaba.

—Esperar que pase —repuso Staboren, con la mayor naturalidad, añadiendo antes de que le pidieran nuevas explicaciones—: Nos sigue desde que abandonamos el helicóptero, y a no ser porque presente el monzón, es posible que ya hubiese hecho acto de presencia.

—¿Quiere decir que nos aguarda también el temporal? —

preguntó desmayadamente la doctora.

—En efecto. Es otra de las ventajas con la que contamos para llegar indemnes al *bungalow* de que les hablé. Cuando se aproxima, hombres y animales buscan él refugio más inmediato.

—Por lo visto, esas tormentas son bastante frecuentes en estos parajes —comentó John.

—En las bajas llanuras de Java —se explicó Staboren—, cuando el monzón de invierno está en su apogeo, como ocurre en estos días de enero, todo el firmamento se pone uniformemente gris, y las nubes vierten en el suelo trombas de agua durante veinticuatro horas sin interrupción, y a veces semanas enteras.

—Debe ser un delicioso espectáculo —rezongó Fanny, subiéndose de manera instintiva el cuello de su cazadora caqui, un poco holgada.

—Ya tendrá ocasión de comprobarlo —ironizó Staboren—. En el interior de las casas, las ranas croan noche y día, los reptiles abandonan sus agujeros y se refugian en los lugares abrigados. Durante toda la noche resuena el fragor de millones de insectos, de mosquitos, y se hace difícil de encontrar, en la casa entera, un lugar medianamente seco.

—¿Es que no existen días de tregua? —quiso saber la doctora, algo impresionada por la perspectiva.

—En verano —puntualizó su interlocutor— el monzón desaparece y queda reemplazado por brisas alternativas de mar y de tierra. Las lluvias dejan de ser continuas, y sólo se presentan en forma de tempestades violentas que estallan en general por la tarde. En Bultenzorg, a poca distancia de Batavia, en las vertientes de las montañas, estas tempestades son tan regulares que uno se sorprende si pasa un día sin que se haya oído el estruendo del trueno.

—No comprendo cómo ha podido permanecer usted gran parte de su vida en este lugar —se sorprendió ella, que, aprisionada por las lianas, se sentía bastante molesta, a juzgar por sus nerviosos estremecimientos.

—No me queda otro remedio —trato de justificarse Staboren—. Hace quince años que adquirí en propiedad el «Hotel Colonial» al Gobierno holandés, y en ello invertí todos mis caudales. Aquí han nacido mis hijos, y sospecho que en estas tierras he de morir, de grado o por fuerza.

—Gozarán sus huéspedes de las comodidades del país —insinuó, burlón, John Baring.

—He procurado facilitarles un «confort» a tono con las circunstancias y las costumbres de la isla. Al menos, las molestias producidas por los insectos han quedado suprimidas en las habitaciones.

—¿Dispone de algún poderoso insecticida de su invención? Eso me consolará bastante —dijo Fanny Bessel, exhalando un suspiro.

—Nada de eso —se apresuró a puntualizar Staboren—. El sistema es mucho más simple, y puede que hasta más eficaz. En cada cuarto procuro mantener el suficiente número de ranas y sapos que, esparcidos por el suelo, devoran los insectos peligrosos, diminutas bestezuelas que pueden depositar sus larvas en las uñas de los pies a poco que usted se arriesgue a saltar de la cama descalzo, y, en las paredes, hay siempre una considerable cantidad de lagartos, fuerza protectora que elimina los mosquitos devorándolos durante toda la noche.

La doctora Bessel había ido estirando el rostro en un gesto de repugnancia a medida que Staboren describía las particularidades de lo que él llamaba «confort», y a punto estaba de soltar una exclamación de asco, cuando el hombre les impuso de nuevo silencio, esta vez con mayor brío.

—¡Está muy cerca de nosotros! —indicó, levantando el arma.

Fanny tragó saliva con dificultad y, apretándose el cuello con la mano, preguntó a media voz:

—¿Quién?

—El tigre —repuso Staboren, y su voz sonó como un trallazo.

La doctora tuvo que apoyarse en les brazos de John Baring para no caer entre la maraña de vegetación que les servía de refugio.

—¿Un tigre?... —pudo balbucir, al fin.

—Eso; un tigre —contestó, imperturbable, Staboren, con la vista fija en la abigarrada muralla, a través de la cual comenzaban a filtrarse débiles claridades.

La atmósfera era espesa. Un vaho húmedo, que parecía brotar de la tierra oculta y de las plantas que la acolchaban y abovedaban, caía sobre ellos, impidiéndoles respirar normalmente. Por otra parte, la quietud impresionante, que hasta aquel momento dio al estrecho paisaje la apariencia de una decoración teatral, se fue

difuminando en leves susurros primero y en creciente rumor después, como si miles, millones de seres invisibles y alborotadores, lo hubiesen invadido todo de manera repentina.

La selva adquiría en esta hora primera de la mañana una vitalidad animal de proporciones gemelas, por lo menos, a la representada por la exuberante floresta. Desde las invisibles capas de los árboles gigantes, llegaba el fragor producido por las gargantas de cien especies de aves y monos. El viento, que había comenzado a levantar su vuelo peregrino a través de las ramas, producía al introducirse entre mil recovecos vegetales, notas agudas o graves, de órgano colosal. Estas notas eran todavía más largas y apacibles, como si el instrumento natural y extraño acompañara una dulce melodía tropical, pero Staboren sabía lo bastante de aquello para deducir que se hallaban en la ruta de uno de los habituales monzones acuáticos, que hacían que la tierra se cubriera con innumerables arroyos de agua espesa y rojiza, parecida a la sangre.

—Entonces, ¿es el tigre el que nos ha venido siguiendo durante todo este tiempo? —indagó el doctor Baring.

—Exacto. Y en este momento no se encuentra a más de seis metros de nosotros —afirmó Staboren—. No se muevan. Tal vez pase ante nuestras narices sin que la pirámide facial sufra detrimento.

Un pequeño grito ahogado de Fanny Bessel hizo a los hombres volver el rostro hacia su derecha. Allí, surgiendo de la tupida maleza, acababa de asomar su feo rostro un animal parecido al jabalí, aunque de piernas más largas, cabeza abultada, trompa pequeña y cola grande y colgante.

—¡Un tapir! —señaló Baring—. Pienso que en esta ocasión ha fallado su sexto sentido, Staboren.

El hombre lo miró con cierta severidad, y, sin levantar demasiado la voz, dijo:

—Cállese y observe.

Efectivamente. El animal parecía dar muestras de inquietud, y se echaba de ver su irresoluto comportamiento. Se había detenido en el claro, y levantaba el hocico olfateando el aire, como si algo digno de toda su atención estuviese a punto de acaecer. Durante un minuto interminable pareció dudar, sin resolverse a emprender un

camino determinado y, cuando al fin se decidió a hacerlo, avanzando hacia su izquierda para penetrar en un grupo de bambúes gigantescos, una sombra larga se proyectó sobre su espinazo, mientras que un rugido imponente hizo enmudecer las gargantas de todos los habitantes de la selva.

La claridad era ya lo bastante intensa para que pudiesen ser distinguidos los colores, y Fanny Bessel gritó, al contemplar aquella especie de gato enorme, de piel rayada, que acababa de abatirse sobre el tapir.

—¡El tigre!

Cuando la fiera se incorporó, su víctima yacía inmóvil. El primer zarpazo le había deshecho la columna vertebral. Sin embargo, el tigre no daba muestras de estar dispuesto a devorarlo. Con un par de golpes de sus potentes garras hizo que el cadáver cambiase de postura y, en uno de ellos, logró abrirle una espantosa herida. El carnicero alargó el hocico, y durante unos instantes su lengua se tiñó con la sangre del tapir.

Mientras tanto, Fanny, Baring y Staboren, habían permanecido inmóviles, sobrecogidos por la impresionante escena y pendientes de los menores movimientos del tigre. Éste levantó las fauces abiertas y manchadas de rojo, como si olfatease a los que se mantenían atentos.

—Puede que no nos descubra —se atrevió a decir la doctora.

—No se haga ilusiones —la desengañó Staboren—. Sabe perfectamente que lo estamos observando, y puede que hasta se burle del pánico que nos produce su presencia.

—¿Qué supone que hará? —indagó John Baring, en el mismo tono sigiloso.

—Tal vez quede satisfecho cuando se haya merendado el tapir —apuntó Fanny, cada instante más medrosa.

—Abandoné su optimismo —masculló Staboren—. Ya les dije que ahora están bien alimentados. Ha matado al tapir para dar satisfacción a sus instintos feroces. Conoce nuestro escondite, y es posible que no renuncie a abrirnos el cuello con las uñas.

La fiera se había vuelto hacia donde ellos estaban, y sus ojos se clavaban en el enrejado de lianas que envolvía el tronco de la palmera. Mantenía abierta la boca enrojecida, y su pecho se agitaba en un espasmo continuado, precursor de inmediatas acciones. No

obstante, balanceaba con pausa la cola, y sus patas delanteras se mantenían entreabiertas, por lo que no daba la impresión de hallarse a punto de realizar ningún acto hostil. De todas formas, la doctora no podía evitar el temblor nervioso que la presencia y la actitud de la fiera provocaban en todos sus miembros.

—¿Por qué no dispara? —musitó, al oído de Staboren.

—Preferiría no tener que hacerlo —repuso éste, en igual tono—. Puedo herirle solo, y entonces correríamos mayor riesgo. Además —agregó, sin perder de vista al tigre y teniéndolo encañonado—, es posible que se vaya.

No había terminado de exponer esta suposición, cuando se produjo un trueno Horrísono y prolongado, semejante al que resultaría del dispare de cien piezas artilleras, o algo parecido al desgarramiento de la corteza terrestre en el apogeo de un terremoto alucinante.

La doctora Bessel, a punto de desvanecerse, hubo de ser sostenida por su compañero de profesión, Staboren, sin perder la serenidad, había avanzado el brazo en cuya mano sostenía el revólver. El tigre, lejos de mostrarse alterado por el trueno, se había agachado teniendo avanzadas las patas delanteras, en tanto que las de atrás se hallaban recogidas bajo su vientre y en disposición de utilizarlas para saltar hacia adelante, Staboren apuntó con sumo cuidado al entrecejo del animal, e iba a hacer presión con el dedo sobre el percusor, cuando se produjo una nueva tronada precedida de cegadora fulguración, como si en la selva acabara de originarse un colosal incendio.

Antes de que llegase a disparar Staboren, la fiera se irguió, y, luego de dos vueltas rapidísimas sobre sí misma, saltó en dirección al macizo de los bambúes gigantes, entre los que desapareció.

—¡Se fue! —exclamó la doctora, pasándose la mano por la frente sudorosa.

—Creo que ha pasado el peligro —quiso animarla y animarse John Baring.

Repentinamente habían comenzado a caer gruesas gotas de lluvia, que en pocos segundos se convirtieron en espesa cortina de agua. Su fuerza era tal que producía un ronco y tremendo redoble al taladrar la densa sombrilla de la vegetación.

Staboren, después de guardar el arma, se volvió hacia sus

acompañantes para decir:

—Si nos apresuramos, aun podremos llegar al *bungalow* sin tener que lucir las buenas aptitudes de nadadores que supongo deben poseer.

Fanny Bessel lo miró cachazudamente antes de replicar:

—Por lo que veo, el programa de festejos, que nos reservaba no podía ser más completo.

Y, asida al brazo del doctor Baring, chapoteando en un agua rojiza que les alcanzaba hasta la mitad de la pierna, se dispusieron a seguir a Staboren, que ya les precedía a buen paso y sin hacer ningún otro comentario.

CAPÍTULO III

El *bungalow* hacia el que les condujo Staboren, era más bien una choza sostenida por gruesos tallos de bambú y cubierta con grueso techo de paja de arroz. Como todas las construcciones de esta índole, se hallaba, enclavado al amparo de un grupo de bambúes colosales, cuyas cañas se remontaban orgullosas en el espacio. Lo circundaba, también un bosquecillo de plátanos y cocoteros, que no tenían otro objeto que el de servir como alimento a los posibles moradores de la vivienda.

No obstante lo sugestivo que para Cualquier persona debería resultar la visión del *bungalow*, edificado a poco más de un metro del suelo, tanto la doctora como John Baring se aproximaron a él sin prestarle más atención que la que como inmediato refugio les merecía, para guarecerse de un diluvio torrencial cuyas aguas sentían correr por la espalda, como si entre el cuello de las vestiduras y la piel les hubieran introducido la boca de una manga de riego.

Staboren se detuvo al pie de la rudimentaria escalera, con peldaños de bambú, y les invitó a pasar, sin que tuviese necesidad de insistir en ello para ser complacido.

En torno al *bungalow* o choza, los árboles próximos, adelantando sus ramas, hacían las veces de cortina, y sólo en la parte posterior se elevaba una a modo de pared, hecha de trama vegetal muy tupida.

El suelo de madera crujió dolorosamente cuando Fanny y Baring se posaron sobre él y quedaron a la espera de Staboren, quien no tardó en acercárseles después de que, insidiosamente, estuvo fisgando por los alrededores, dando la impresión de hallarse sorprendió de a causa de algo cuya naturaleza no le era posible

determinar.

El monzón se había desencadenado con toda intensidad. La doctora, ya más dueña de sí, no tuvo otro remedio que admitir lo majestuoso del espectáculo que estaban contemplando. Los relámpagos se sucedían sin interrupción, y su luz cegadora ponía mil reflejos metálicos en el verde acharolado de la superabundante escenografía vegetal.

El cielo no era visible a través de la maraña de ramas y lianas, pero resultaba fácil comprender que debería hallarse completamente cerrado por nubes negras y espesas ya que, en el corto intervalo de una a otra llamarada celeste, una noche obscurísima se adueñaba de la selva.

Staboren se entretuvo aún varios minutos al pie del *bungalow*, sin abandonar aquel aire receloso que había adoptado, hasta que, al fin, chorreando agua por todas partes, saltó a la plataforma que hacía de vestíbulo.

Al producirse un nuevo relámpago, señaló a sus huéspedes la dirección a seguir. Penetraron en una especie de zaquizamí cuyo aspecto interior no les fue posible reconocer hasta que Staboren hizo funcionar un farol de aceite valiéndose de una caja de fósforos que halló al tacto sobre una mesa desvencijada.

—No son muchas las comodidades que puedo ofrecerles en este lugar, pero aquí, al menos, se resguardaran de la lluvia hasta que pase el chaparrón.

El agua repiqueteaba con furia sobre el techo de paja, cuando la doctora Bessel consideró oportuno averiguar:

—¿Cree que se derrumbará sobre nosotros?

—No —fue la respuesta seca del hombre—. Los árboles tienden su toldo arriba, y él nos protege. Ahora, siéntense —agregó, señalando unos taburetes no menos desencajados que la mesa.

Fanny y John obedecieron sin esfuerzo, y durante unos minutos se entregaron en silencio a la tarea de retorcer sus ropas, que rezumaban copiosas. Luego fue ella quien, desabrochando con ansia los botones de su cazadora, manifestó casi con un suspiro de ahogo:

—Parece increíble, pero tengo un calor asfixiante.

—Pasará cuando lleguemos a Garcet —la consoló el doctor Baring, algo irónico—. El hotel de nuestro buen amigo Staboren nos aguarda con toda su gama de perfecciones, y hasta puede que...

La voz de John Baring quedó cortada al resonar en un ángulo de la estancia otra, de entonaciones suaves, pero de un timbre agudo, metálico.

—La doctora Fanny Bessel y el doctor John Baring —dijo aquélla— no tendrán necesidad de soportar la molesta permanencia en un hotel tan detestable como el del señor Hugo Staboren. Desde este instante, el Ejército japonés se honrará teniéndoles bajo su protección y custodia.

Y fue en este momento cuando Fanny Bessel, doctora en Medicina, especialista en enfermedades infecciosas y tropicales, al servicio directo del Departamento de Guerra de los Estados Unidos, comenzó a mostrar un temple magnífico y una serenidad que nadie hubiera podido sospechar juzgándola a través de la pusilanimidad de que hasta ahora había dado indudables pruebas.

En un instante se hizo cargo de su real situación, y, mordiéndose los labios, giró con lentitud la cabeza hacia el punto donde habían sonado las palabras, del oculto orador.

Lo primero que pudo distinguir fue la sombra de varios soldados y la de sus fusiles, con la bayoneta calada, de la que un relámpago arrancó fúlgidos destellos. Después, el leve parpadeo del farol le hizo visibles a los japoneses, y sus ojos se fueron elevando lentamente desde los pies de aquellos hombres, calzados con gruesas botas, hasta las piernas, protegidas con polainas. Luego levantó de golpe la mirada y la mantuvo fija en unos rostros brillantes, a los que el sudor y la difusa luz daban un tinte terroso y grasiento a la vez.

Uno por uno los fue contemplando, teniendo las mandíbulas apretadas y sin que su semblante diera muestra alguna de temor. John Baring se había situado junto a ella y permanecía rígido, con la barbilla algo levantada, casi retadora.

Fanny Bessel detuvo los ojos en la cara cenicienta, de un gris aceitunado del que se mostraba en primer término, y cuyo uniforme y galones daban idea de su graduación. La exigua claridad del farol ponía cien sombras diminutas e inquietas en aquella faz que le mostraba al sonreír unos dientes muy blancos, detalle este que destacaba mucho en el aguafuerte general del conjunto.

Atenta a lo que esperaba oír de nuevo, no reparó ya en Staboren. El holandés —hasta ahora habíamos olvidado mencionar este

detalle— había ido a sentarse entre unos y otros, algo a la derecha de los americanos, y no daba la impresión de hallarse sorprendido, y mucho menos impresionado, por el desarrollo de los acontecimientos. Entre las manos mantenía el revólver, y se entregaba a la tarea de comprobar si los cartuchos se encontraban perfectamente ajustados al rulo giratorio.

El temporal proseguía sin tregua, y cada trueno agitaba el *bungalow* como si en vez de hallarse asentado en tierra firme, estuviera construido sobre las ramas de uno cualquiera de los gigantescos tecks: La lluvia, lejos de amainar, arreciaba con más furor, semejando una sábana líquida, proyectada en longitud y altitud sin que en un solo punto se quebrara su perfecta homogeneidad.

Un silencio inquietante, ajeno al fragor de la tempestad, se había producido después de las palabras pronunciadas por el que indudablemente ostentaba el mando de la patrulla japonesa. Durante este tiempo el pensamiento de Fanny Bessel caminó velozmente por los anchos caminos de la imaginación, tratando de encontrar una justificación razonable de aquella extraña e inesperada situación.

El oficial japonés la obligó a salir de su ensimismamiento con estas palabras:

—Permítanme llevar a cabo mi presentación —dijo, al mismo tiempo que hacía funcionar una linterna eléctrica, y bañaba con su luz clara y fuerte el rostro de la doctora Bessel y el del doctor Baring—. Mi nombre es Jimmu Yamagata, comandante médico a cuyo cargo se encuentra la subdirección sanitaria de Java. Como verán —siguió, luego de una más amplia sonrisa— existe entre nosotros un común denominador que debe aproximarnos, haciéndonos olvidar todas las cosas desagradables que puedan oponerse al mejor cumplimiento del fin que, desde opuestos planos, deseamos alcanzar.

Fanny lo contempló sin pestañear unos momentos, antes de responder:

—¿Ha dicho que tiene a su cargo la subdirección. —Exacto— aseveró el nipón, sanitaria de la isla?

La doctora esbozó una sonrisa burlona para decir:

—Permítame, entonces, que le felicite por las sabias medidas

profilácticas adoptadas en beneficio de los habitantes y de los prisioneros de guerra.

—No se burle, señora Bessel —repuso él, siempre risueño—. Usted sabe mejor que yo lo difícil que resulta luchar cuando se carece de los medios más indispensables.

—¿Ignoraba entonces las particularidades de este país? —Medió John, en tono algo agresivo.

—En modo alguno, señor Baring —negó el oficial—. Me doctoré en Yokohama, pero seguí unos cursos de especialización en San Francisco de California.

—Entonces —intervino, con indignación, la doctora— resulta criminal su comportamiento. Si es cierto lo que dice, no podía desconocer el carácter endémico de la peste en estas tierras, que se ven azotadas con harta frecuencia por tan horrible mal. ¿Cómo no hizo cuanto estuvo a su alcance para evitarlo?

—Tal vez yo pueda aclararle ese extremo, Fanny —volvió a intervenir John Baring—. Al dejar que los atacados se defendieran con los medios naturales que sus exhaustas fuerzas orgánicas les otorgaban, los japoneses conseguían eliminar a millares de enemigos prisioneros, sin preocuparse por el hecho de que la mayor parte, de ellos son seres no combatientes.

—Muy poco generosa se me antoja esa apreciación, doctor Baring —se expresó Yamagata, en cuyos ojos había brotado un rayo de fiera al escuchar a John—. Le aconsejo que abandone el camino del ultraje si no desea ser tratado de modo distinto a como yo preferiría hacerlo.

—¿Qué insinúa? —preguntó Fanny, sin abandonar aquel aire retador que había adoptado desde un principio.

—Son nuestros prisioneros. Esto nos da derecho a exigirles, e incluso a imponerles, nuestra voluntad. Les recomiendo un lenguaje moderado si no quieren verse metidos en situaciones poco agradables —amenazó el japonés.

—¡Nada lograrán de mí! —Se violentó Baring—. Pueden recluirme en uno de esos monstruosos cementerios de hombres vivos que han esparcido a través del Pacífico, pero jamás lograrán mi colaboración.

La irónica sonrisa del oficial quedó cortada por la impetuosa intervención de Fanny Bessel.

—No sabe lo que dice, John —reprochó—. Recuerde que no hemos venido a Java a combatir a los japoneses, sino a luchar contra una enfermedad que mata a los seres de nuestra propia raza.

—Creo que ha encontrado usted el camino verdadero de la comprensión, señora Bessel —señaló Yamagata—. Piense que, a costa de sentir un poco cohibida su libertad, podrán trabajar sin ningún contratiempo. Nosotros los daremos todas las facilidades, y hasta les será permitido comunicar con los que les enviaron. Al ejército japonés de Java sólo le importa reducir los efectos de una epidemia que puede resultar peligrosa para sus mismos hombres.

John Baring, cuya excitación parecía ir en aumento, se plantó ante Yamagata, y en tono vehemente acusó:

—¡Sois vosotros los que habéis traído a Java este nuevo brote pestoso! —Y con risa mordaz, agregó—: ¿Olvida que son las ratas el vehículo de la peste?

Jimmu Yamagata apretó las mandíbulas y, a un gesto suyo, casi imperceptible, se adelantó uno de sus hombres. Al llegar a la altura de John Baring levantó el fusil, y la culata golpeó la cara del doctor, produciendo un ruido seco. John se desplomó sangrante sobre el suelo de madera.

Sólo entonces recordó Fanny Bessel la existencia de Staboren. El holandés se había puesto en pie; no había abandonado el revólver, que sujetaba ahora con mano crispada, colgante a lo largo del cuerpo. Por unos momentos pensó si estaría resuelto a cometer una locura, aunque se le antojaba algo incongruente la actitud del hombre que les había acompañado hasta allí.

Se desentendió de él para arrodillarse junto a Baring, que permanecía inanimado, con la mejilla cruzada por una ancha herida de la que manaba la sangre en abundancia. Se la restañó con el pañuelo empapado en agua de la lluvia, e iba a solicitar los elementos necesarios para llevar a cabo una cura provisional, cuando oyó decir a Yamagata, que se aproximaba a Staboren con el brazo extendido:

—Deme ese revólver. Ya no tiene que seguir representando ningún papel.

Fanny levantó la cabeza, y vio cómo el holandés obedecía dócilmente, bajando los ojos y sin dejar de mirarla a ella de soslayo.

John Baring comenzaba a recobrar el sentido, y Fanny,

incorporándose, se encaró con Yamagata para preguntarle:

—¿Qué quieren decir esas palabras? ¿Por qué supone que nuestro amigo finge algo?

—Eso debe preguntárselo a él, señora Bessel —fue la respuesta indiferente de Jimmu.

John se había puesto en pie y se balanceaba algo inconsciente, pero Fanny no pareció ocuparse mucho del estado de su colega, atenta a Staboren que, con la vista fija en el suelo, daba la impresión de haber sufrido un derrumbamiento total de energías, tanto físicas como espirituales. La doctora se aproximó a él entre sorprendida y recelosa.

—¿Qué significa eso, Staboren? ¿Qué felonía trata de insinuar este hombre?

—Verá, señora Bessel... —comenzó a decir el holandés, sin determinarse a cruzar su mirada con la de la doctora—. Creo que no me he portado muy bien, pero...

—No siga —atajó ella, fulminándole—. Ahórreme al menos el bochorno de escuchar la desagradable confesión de su flaqueza. No me gustaron nunca las feas historias de traidores —concluyó, volviéndoles la espalda con altivez y profundo desprecio. Luego se acercó a su compañero, cruzando ante el japonés sin mirarlo.

—Eso no tiene importancia, John —indicó—. Es una lesión superficial. Creo que tengo algo aquí para remediarlo.

Iba a echar mano del saco que había sacado del helicóptero, cuando Yamagata le ofreció uno de esos paquetes usados para la cura individual en campaña, diciendo:

—Tenga. Es americano. Se lo digo para que no sienta escrúpulos. Contamos con un buen *stock* de medicamentos y adminículos sanitarios procedentes de su país.

—Lo comprendo —masculló Fanny—. Ahora les faltaban módicos de la misma nacionalidad, y ya los tienen, aunque el medio de conseguirlos no haya sido demasiado brillante ni caballeresco. Gracias. —Y se lo arrebató de un tirón.

Había terminado de practicar la cura en el pómulo de John Baring, cuando cesó la lluvia. Reiteradamente se negaron a aceptar las insinuaciones del oficial japonés para que tomasen algún alimento, y se hallaban sentados el uno junto al otro. Fanny sacó de la bolsa galletas y chocolate, compartiéndolo con su amigo.

En un rincón, sin que nadie se ocupase de él, Staboren permanecía taciturno, con la cara oculta entre las manos. También el holandés había rechazado la oferta que Yamagata le hizo para que tomase un bocadillo. La doctora estuvo mirándole durante algunos minutos, y al fin se incorporó, yendo hacia él. Staboren levantó la cabeza, y sus ojos oscilaron a derecha e izquierda, sin atreverse a fijarlos en ella. Fanny le tendió unas galletas y algo de chocolate, diciéndole:

—Tome. No he de negarle el desayuno. Por lo visto, nuestra estancia en este lugar lleva camino de prolongarse.



—Se equivoca —intervino Jimmu, que no había perdido de vista sus movimientos—. Nos queda exactamente una hora. Es el tiempo que necesita la tierra para empapar el agua y dejar los caminos transitables. Además —agregó—, no irán a Garcet, sino a Weltevreden, el jardín de Batavia, donde podrán disponer de todo

lo necesario para que su trabajo comience de manera inmediata.

Fanny Bessel había vuelto a sentarse junto a John, y se entretenía en ordenar su hermosa y rubia cabellera, sin prestar atención, al menos en apariencia, a las palabras del japonés. De cuando en cuando volvía la cabeza para observar a Staboren, que rumiaba lentamente el chocolate y las galletas. De pronto, Yamagata habló muy cerca de ella, y Fanny no pudo evitar un movimiento de alerta. A poco, sus ojos se clavaron en los oblicuos y muy negros del oficial japonés.

—Su labor tendrá una buena recompensa, señora Bessel —le oyó decir, con estudiada suavidad y ceremonia.

—¿A qué se refiere? —indagó ella, procurando no dejar traslucir el estado de su espíritu.

—Su hermana se encuentra perfectamente —anunció Yamagata mostrando sus dientes menudos, iguales y blanquísimos.

Fanny y John no pudieron reprimir ahora un estremecimiento. Aquel hombre acababa de mencionar a Norma, la hermana de ella, sin referirse a su esposo... Fanny no pudo contenerse:

—¿Dónde está mi marido? —preguntó elevando el rostro, con los labios apretados.

Jimmu se encogió de hombros para responder:

—Lo siento, señora Bessel. Fue un accidente deplorable...

Ella se puso en pie, y plantándose ante Yamagata le asió por las solapas de la guerrera, al insistir:

—Dígame la verdad. ¿Comprende? La verdad.

—Ha muerto —replicó el oficial, tomando entre las suyas las manos de la doctora y obligándola a separarse de él.

Fanny acusó el golpe terrible que la noticia acababa de producirle, y lentamente volvió al lado de John, que no hizo nada por consolarla. Se advertía que él también se hallaba afligido por la inesperada nueva, pero, además, en aquel instante, se diría que en su ánimo acababa de producirse una fuerte sacudida de consecuencias imprevisibles. Adelantándose dos pasos, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, preguntó:

—¿Cómo fue?

El japonés, sentado a la otra parte de la desvencijada mesa, repuso con indolencia:

—Se negó obstinadamente a colaborar con nosotros. Era un

hombre demasiado testarudo e impulsivo.

—Ya —murmuró Baring, de manera ambigua. Luego, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, comenzó a decir, con ampulosa y afectada entonación—: Es admirable el espíritu inquisitivo de los asiáticos. Nada escapa a su perspicacia, esto también es proverbial, pero en este caso no les resultaría demasiado difícil identificar al señor Bessel. Acababa de ser designado jefe de Sanidad Militar de las unidades del ejército estadounidense acantonado en Batavia.

—No lo crea —objetó Jimmu Yamagata—. Todos los que fueron hechos prisioneros al producirse nuestro desembarco, ocultaban su verdadera personalidad para eludir de este modo cualquier prestación de trabajo especializado.

—¿Acaso el señor Bessel confesó espontáneamente su condición? —fingió sorprenderse John.

—En modo alguno —negó Jimmu.

—¿Quizá... una confidencia? —insinuó el doctor—. Nunca faltan traidores.

—Tampoco —encolerizóse algo el oficial nipón, sin poder evitar una furtiva mirada hacia el sitio en el que Staboren estaba atento a lo que se hablaba, y pálido como un cadáver.

—Bien —se excusó al fin Baring, mordiéndose los labios—. Olvide mi curiosidad.

Durante el corto diálogo, John no había separado la vista del revólver que el holandés entregó a Yamagata, y que el oficial había depositado sobre, la mesa. Miró a Fanny, que permanecía sentada en una de las banquetas, con el mentón entre las manos y los codos apoyados en las rodillas. Luego, avanzó un paso hacia la mesa, diciendo:

—¿Tiene un cigarrillo japonés? Me han asegurado que son excelentes.

Jimmu, sin dejar de sonreír, llevó la mano al bolsillo derecho de su guerrera, del que extrajo un paquete, y en el instante en que trataba de abrirlo, John alargó el brazo y antes de que nadie pudiera evitarlo, disparó dos veces sobre Staboren, que cayó de bruces, sin un gemido. John Baring intentó volver el arma hacia el oficial, pero ya éste hacía fuego con su automática, y el doctor se desplomó igual que un fante de guiñol al que se le hubieran

quebrado de repente los hilos.

Fanny, arrancada de su ensimismamiento por el estampido de los primeros disparos, corrió hacia el amigo, gritando:

—¡John! ¡John!

Arrodillada a su lado, apoyó la mano sobre su corazón.

—¡Está muerto! —gimió, levantando los ojos hacia el rostro de Yamagata, que en pie, a dos pasos, permanecía imperturbable.

El oficial esbozó otra vez su eterna y helada sonrisa, antes de comentar:

—Señora Bessel, celebraría que las mujeres americanas no fuesen tan impulsivas como los hombres. En pocos minutos ha sabido de dos tristes sucesos: el acaecido a su esposo y el que termina de sobrevenirle al doctor Baring. Espero que ellos sean para usted una buena experiencia.

CAPÍTULO IV

—Hace un mes que Filmer los dejó en el lugar convenido, y desde entonces ninguna noticia de ellos ha llegado hasta nosotros. Por eso le hice venir, capitán.

—Tal vez las condiciones difíciles en que se ven obligados a realizar su trabajo, les impide darlas.

—Es posible. Pero resulta harto sospechoso el silencio de nuestro agente. Staboren nunca dejó de comunicar con nosotros.

—Quizá les acompaña, y se encuentra en igual situación.

—Veo que no está usted dispuesto a perder ese optimismo que le caracteriza, capitán. Me gustaría saber, sin embargo, cómo justifica el repentino mutismo de los restantes informadores y enlaces con los cuales hemos mantenido hasta ahora una comunicación bastante regular.

—Esto hace que varíe por completo el aspecto del problema, coronel. No habrá otro remedio que admitir, por esta vez al menos, que el servicio de contraespionaje nipón ha funcionado bien.

—Exacto. Y he aquí, como a consecuencia de ello, nos hallamos en unas circunstancias poco propicias para prestar la ayuda necesaria a más de veinte mil europeos y americanos que se encuentran en Java. Los japoneses habrán tomado medidas profilácticas para reducir los efectos de la epidemia entre los indígenas, que son los que podrían hacer peligrar a sus soldados, pero no harán nada en beneficio de los blancos. Recluidos en los campos de concentración, se les dejará morir, pues de este modo se liberan de un lastre muy notable para su economía y se ahorran preocupaciones.

—Bien. Usted dirá qué es lo que se pretende de mí.

Este diálogo tenía lugar en el despacho del coronel jefe de

Sanidad del Ejército de los Estados Unidos en el Pacífico, y eran protagonistas el propio coronel y el oficial del M. I. 5, Departamento Especial de «Comandos», capitán Víctor Lawrence.

Sin responder a la indicación del capitán, el coronel abandonó el asiento y ofreció un pitillo a su interlocutor. Luego paseó durante un par de minutos arriba y abajo del despacho, con una mano a la espalda, como si estuviera madurando lo que pensaba decir. De pronto se detuvo ante el oficial, y sin rodeos le habló de esta manera:

—Tiene que ir a Java. La guerra es una cosa muy seria. Usted lo sabe bien. En ella pueden morir las criaturas por docenas de millares, pero no es igual darle un fusil a un hombre y mandarlo a jugarse el pellejo, que dejar que desaparezcan lentamente unos pocos, torturados por horribles padecimientos, sin haber hecho algo, al menos, para remediarlo.

—Lo advierto, coronel, que yo nunca puse una inyección —se expresó el capitán, con suave ironía.

—Déjese de chanzas, Lawrence. Si hay un solo hombre en toda América capaz de ir a esa maldita isla y poner las cosas en orden, ese hombre es usted.

—Vamos a darlo por supuesto —replicó, calmoso, el «comando». Pero aún no me ha dicho, específicamente, en qué consiste su idea.

El coronel volvió a sentarse frente al capitán, y buscando entre el montón de papeles que ocupaba por completo su mesa, le tendió un pliego grabado en colores, indicando:

—Ahí tiene un mapa de Java. Vea esos círculos marcados en él. Los rojos indican guarniciones japonesas. Los amarillos, lugares en los que la epidemia de peste muestra una mayor virulencia, y los negros, son los campos de concentración. Aquéllos en que sobre el negro aparece un punto amarillo, son los que ya se encuentran contaminados por la enfermedad.

—No sabría decirle cuál de ellos ofrece más atractivo —rezongó Lawrence, recorriendo el mapa con la vista y apoyando el extremo del dedo índice en cada uno de los círculos—. Unos y otros se extienden de Este a Oeste, desde Pasardang a Batan, sobre todo los rojos.

—En efecto. Los japoneses explotan hoy las riquezas naturales

de la isla muy intensamente, y obligan a un trabajo abrumador a sus habitantes. Para conseguirlo, no han vacilado en llevar allí tropas numerosas y escogidas.

—Estoy por creer que no se me quiere bien en el Departamento —murmuró de buen humor el capitán. Luego, dejando el mapa sobre la mesa, agregó—: ¡En fin, si no hay otro remedio...!

El coronel, sonriente, le tendió la mano por encima de la mesa, diciéndole:

—Sabía que iba a aceptarlo de buen grado. Tenga. —Y le dio un abultado paquete—. Ahí van mis instrucciones. Lo tenía todo dispuesto de antemano. Sé —añadió, poniéndose a tono con las circunstancias— que el asunto es grave y peligroso. Esta vez no se trata de que combata con las armas en la mano y al frente de una agrupación de «comandos», sino de enfrentarse sólo con toda una poderosa organización enemiga, a la que deberá derrotar valiéndose de la inteligencia. Y esta facultad —recalcó con un guiño— la posee usted en grado superlativo.

Víctor Lawrence esbozó una sonrisa para comentar, poniéndose en pie y tomando el sobre entre las manos:

—Pienso que si yo fuese una mujer no podría regarle mis favores, coronel. Conoce todos los ardides, y sabe usar a tiempo las lisonjas.

El jefe dejó escapar una carcajada, y rodeando la mesa golpeó los omoplatos del capitán.

—Podrá salir dentro de una hora —anunció, después de mirar el reloj de pulsera—. Son las nueve. Emprendiendo el vuelo a las diez, bastarán cuatro horas para encontrarse sobre el objetivo. El aparato que le espera es un Moyers 145, de dos plazas. El piloto ya sabe también lo que le corresponde.

Lawrence se detuvo cuando se dirigía hacia la puerta, y mirando cara a cara al coronel, apuntó:

—No habrá pensado que voy a irme solo, ¿eh? Por nada del mundo dejaría aquí al hombre que me acompañó siempre en todos mis trabajos.

—¿A quién se refiere?

—Al sargento Mac Douglas. Los dos nos comprendemos y compenetrarnos perfectamente. Posee el don de adivinar mis pensamientos, y es un sujeto muy necesario cuando se precisa

actuar violentamente sin hacer uso de las armas.

—La verdad es que no se había previsto esta contingencia —repuso el coronel, apoyando una mano en la cadera y aprisionándose con el pulgar y el índice de la otra el labio inferior—. El avión es biplaza...

—Con mil quinientos caballos de fuerza —arguyó Lawrence, interrumpiéndole—. Creo que podrá resistir nuestro peso y el del piloto. ¿No le parece?

—Desde luego, capitán. Pero no tengo orden para...

—Está bien, coronel —atajó el «comando», impertérrito—. Me lo llevaré de todas formas. Podríamos decir que desertó y lo hallé de polizón en el aparato.

El coronel pareció vacilar, pero dijo al cabo, en un tono que pretendió fuera confidencial y humorístico:

—Lléveselo. Yo me enfrentaré con la situación, y si hay que fusilarlo, procuraremos que no le hagan sufrir demasiado.

—Gracias —se animó el capitán, estrechando la mano de su jefe—. Volveré si no me devoran las ratas.

—¿Se refiere a los japoneses? —preguntó con sorna el coronel, cuando ya Lawrence se encontraba muy cerca de la puerta.

—No —replicó el «comando», volviéndose y guiñando un ojo—. Quise decir las javanasas. Tengo entendido que son muy voraces... y muy hermosas.

El coronel se aproximó sonriente al teléfono, y luego de pedir comunicación, esperó encendiendo un pitillo y mirando a través de la ventana abierta cómo se alejaba el capitán. Al advertir que alguien se hallaba al otro extremo del hilo, manifestó, con voz grave:

—De acuerdo con sus órdenes, el objetivo *Lazareto* acaba de entrar en una fase nueva y decisiva, mi general. Procuraré tenerle al corriente de todas las incidencias.

* * *

El «Moyers» 145, se deslizó velozmente en la pista del aeródromo, y a poco volaba sobre la mancha oscura del océano Indico, en dirección al mar de Java australiano.

La luna, en los últimos días de un mes de febrero demasiado

transparente, rielaba abajo, en las aguas, arrancándoles a trechos plateados desgarrones.

En la parte anterior del avión se apretujaban tres hombres de buena envergadura, uno de los cuales llevaba el mando del aparato. Los otros dos se veían, obligados a cruzar los brazos, el uno por encima del cuello del otro, a fin de ocupar menos espacio y no sentirse tan oprimidos. De todas formas, su adaptación a la cabina resultaba de todo punto imposible, a pesar de que los dos pasajeros vestían al uso malayo, es decir, el sarong consistente en una pieza de batik, el tejido nacional, insuficiente para cubrirse por completo el torso moreno, de un tinte cobrizo para ser más exactos, pero de un cobre dorado y brillante, de oro viejo. La cabeza quedaba cubierta por un pañuelo bastante chillón, también de batik, cuyos extremos se ataban sobre la frente, formando dos pequeños cuernos.

No obstante lo simple de la indumentaria, otros efectos, sujetos a sus cuerpos, llenaban el lugar disponible. A la espalda de cada uno de estos dos hombres se afirmaban, por medio de correas, los macutos portadores de los paracaídas, y sobre las rodillas, envueltos en tela embreada, podían ser identificadas sendas pistolas ametralladoras «Thompson», de las que el capitán Víctor Lawrence no había querido prescindir aunque se viera obligado a mantenerlas ocultas desde el momento mismo en que sus plantas se posasen en tierra javanesa.

La hora de tiempo que el coronel le diera para emprender el vuelo, no pudo ser mejor aprovechada. Tras de leer un par de veces las instrucciones contenidas en el sobre, y al tanto ya de lo que el servicio a realizar significa, consideró oportuno adoptar una apariencia vulgar dentro de la tónica del país, en cuanto a vestido y aspecto físico.

Su misión consistía en localizar a la doctora Fanny Bessel y al doctor John Baring, y, al mismo tiempo, convertirse en agente informador, ya que los hasta ahora empleados, habían enmudecido de manera misteriosa y definitiva. Luego debería prestar todo su apoyo a los dos «comandos» sanitarios, es decir, a Fanny y a John, procurando que éstos alcanzaran felizmente la meta que les fue señalada.

El trabajo del capitán Lawrence y el sargento Mac Douglas, resultaba, como es fácil de comprender, bastante arduo, pero el

capitán no era hombre falto de recursos o de imaginación, y allí estaba, en este instante, volando sobre Micer Cornelius, uno de los tres cuerpos de ciudad que, junto con la antigua Batavia y la moderna Weltevreden, forman la gran metrópoli javanesa.

El aparato descendió a mil quinientos metros, pero aunque se hubiese arriesgado a rozar las crestas de los árboles, nada les habida sido posible distinguir a causa de la total obscuridad, o, mejor, del azul fosforescente, pero impenetrable.

El reloj del piloto marcaba las dos de la madrugada, es decir, habían invertido cuatro horas justas desde su salida del aeródromo de Broome, cerca de la desembocadura del río Fitzroy, en la costa occidental de Australia, sin que esto signifique que acabaran de establecer una marca.

—Ya estamos —anunció de pronto el piloto, obligando a salir a sus compañeros del estado de somnolencia en que se encontraban.

El capitán Lawrence bostezó, en tanto que el sargento acercaba el rostro al transparente de la cabina, pretendiendo fisgar en el exterior, igual que si viajasen en el departamento de un tren expreso.

—No veo nada —dijo, luego de unos momentos de vana observación.

—Seguramente no les ocurre igual a los japoneses —replicó el capitán—. Lo más probable es que ya se haya dado la alarma en todo el litoral por la presencia de un avión desconocido.

—Es casi seguro, aunque por fortuna para ustedes el lugar es bastante intrincado —hizo observar el piloto.

—¿Dónde nos encontramos? —preguntó Lawrence.

—A mitad de camino entre Batavia y Weltevreden —repuso el aviador—. Hemos dejado atrás el punto preciso. Voy a dar la vuelta. Estén atentos.

El aparato se inclinó completamente hacia un lado, y el sargento sintió el peso de su jefe gravitando sobre él. A los pocos instantes, el piloto indicó:

—Preparados.

Los dos «comandos» recorrieron con los dedos el correa de los paracaídas para cerciorarse de que todo se encontraba a punto, y estrecharon la mano del piloto.

—Buena suerte, capitán. Buena suerte, sargento —dijo,

anunciando poco después—: Ahora.

Víctor Lawrence se arrojó al espacio, seguido un cuarto de minuto más tarde por el sargento Mac Douglas. El piloto inició un giro en torno al lugar, y le pareció distinguir dos puntos blancos destacándose en la inmensa mancha oscura. Cuando los perdió de vista, puso rumbo a su base.

CAPÍTULO V

De los cincuenta y tres millones de indígenas que pueblan la Insulandia holandesa, Java contribuye ella sola con cuarenta y dos, siendo uno de los lugares del mundo en donde los hombres están más aglomerados y en donde su número aumenta más rápidamente. El indígena es tan sobrio, tiene tan pocas necesidades y la tierra es tan fecunda, que se puede contemplar sin temor, crecimiento tan rápido.

Esta aglomeración es lo que mayor impresión produjo en Fanny Bessel cuando el automóvil de fabricación americana, pero conducido por un chofer japonés, la conducía a través de unos caminos de tierra enrojecida, cubiertos casi siempre por un techo impenetrable, en forma de túneles que la pródiga vegetación había formado.

A una y otra parte de la carretera, desfilaba un interminable hormiguero humano.

En Java, lo más extraordinario es el aspecto de sus muchedumbres y su belleza corporal, producto del cruce de sus dos razas primitivas, los indonesios y los malayos.

Los indonesios representan el elemento indígena más antiguo. En otro tiempo ocuparon, sin duda, toda la superficie de las tierras habitables, en donde exterminaron a los negros, pero más tarde ellos mismos fueron eliminados por los recién llegados, los malayos.

En las islas pequeñas, estrechas, de fácil acceso, los malayos, acampados primero en el litoral, remontaron los ríos, tomaron posesión de las llanuras fértiles y absorbieron o anularon a los indonesios.

Java, hoy, no tiene más habitantes que los malayos (habitantes propiamente dichos y si se prescinde de los emigrantes chinos,

árabes, japoneses y europeos), subdivididos en malayos, javaneses y alfurus.

Los indonesios de pura raza poseen, en general, el tinte más blanco que los malayos. Son de talla más alta, tienen la nariz más saliente, la frente más elevada, la barba y los cabellos más espesos.

Debido a sus remotas relaciones con la India, saben cultivar con esmero el arroz y el maíz, poseen grandes rebaños y son famosos por su habilidad como herreros, armeros y joyeros.

Por el contrario, los alfurus se cuentan entre las fracciones más atrasadas y más salvajes de la especie humana. Viven casi desnudos en cabañas de ramajes o en los huecos de troncos de árboles. Ignoran hasta el cultivo más rudimentario. Se alimentan de frutos, de raíces, de serpientes, y evitan cuidadosamente todo contacto con el extranjero. Se pierden a la menor alerta en la fronda insondable de las selvas, y armados de una cerbatana que lanza flechas envenenadas, se entregan a su deporte predilecto: la caza de cabezas.

Los malayos de hoy en Java, modelados por largos siglos de obediencia sea a los príncipes indígenas, sea a los funcionarios holandeses, han abandonado sus costumbres guerreras. El «Kris», ese famoso puñal de mango curvo que no abandonan jamás, no es ya sino un adorno o un instrumento de trabajo. Algunos han conservado sus actividades náuticas, y se dedican al comercio. Todos los demás viven exclusivamente de la agricultura y la ganadería. Vestidos con ligeros tejidos de algodón, que adornan pinturas y dibujos fantásticos, habitan casas de madera frecuentemente posadas sobre pilares, enterrados bajo el verdor de los grandes árboles.

Las casas no se aglomeran unas contra otras. Hechas para hacer soportable, en lo posible, un clima constantemente muy cálido y muy húmedo, son bajas, muy ventiladas, cubiertas de un gran tejado que desborda los muros, rodeadas de jardines sombríos.

Una ciudad javanesa es un parque con avenidas, espacios libres, praderas o bosquecillos, y aquí y allí, siguiendo una alineación que disimula una vegetación extravagante, casas con jardín delante y detrás, substraídas a las miradas de los paseantes, y árboles por todas partes.

En general, las residencias oficiales, los servicios públicos, los

grandes hoteles, se agrupan en torno de una vasta pradera cuadrada: «la llanura del rey». De otra parte, el «Kraton», o palacio de los príncipes, indígenas, forma un barrio especial, una pequeña ciudad en la grande, como las alcazabas de las viejas ciudades musulmanas.

En la campiña, entre los arrozales, los campos de caña de azúcar y de café, las plantaciones de bananeros, de quinas, interrumpidas por fragmentos de bosques vírgenes, las aldeas se suceden a poca distancia unas de otras.

Fanny Bessel lo contemplaba todo con ojos ávidos. Lo difícil de los caminos por los que transitaban, al obligar al conductor a mantener una marcha moderada, permitir a la doctora gozar de un espectáculo único que la liberaba en cierto modo de la pesadilla impuesta al espíritu por su actual situación.

Las casitas desaparecían bajo las palmeras, mientras que los aldeanos se inclinaban sobre el fango de los arrozales o pasaban llevando ante sí a sus pesados búfalos uncidos.

La carretera se hallaba siempre cubierta por el continuo flujo y reflujo de las gentes que iban al mercado o volvían de él. Aquí era visible un buhonero chino paseando su mercancía al extremo de una caña. Un comerciante árabe, rival del chino. Mestizas de ojos grandes y lánguidos.

Nada resultaba, además, tan encantador como el paisaje javanés, pleno de corrientes de agua, de flores brillantes, de mariposas, de escarabajos más bellos todavía, y tan espléndidamente encuadrado todo por los conos majestuosos de los volcanes.

Fanny llegó a olvidarse por completo de la guerra y de las causas que motivaban su presencia en tan paradisíaca isla. Los tipos que ante ella desfilaban le atraían con la fuerza necesaria para abstraerla de toda preocupación. El color de aquellos cuerpos, principalmente los femeninos, de un tono dorado y brillante, la mantenía absorta. Eran criaturas esbeltas, de una belleza admirable. Envueltas en el sarong, las javanesas dejaban ver al desnudo, con la mayor sencillez, la parte superior del cuerpo de una perfección escultórica.

Cuando el vehículo hizo su entrada en las calles de Weitevreden, un nuevo y extraño espectáculo había de sorprenderla. Estaba cruzada la ciudad por numerosos canales que los holandeses

construyeron en memoria de los existentes en su lejana patria, y la doctora Bessel prestó atención a los grupos de mujeres que hasta ellos descendían lentamente, apoyando con sumo cuidado sus pies diminutos en cada uno de los escalones de piedra. Iban vestidas con trajes sutiles de un tono parecido al de la carne. Una a una se introducían en el agua, hasta que el líquido les llegaba al cuello, y así permanecían durante unos minutos. Luego, con el vestido ceñido a los torneados cuerpos, ascendían para ir en busca de las ropas secas.

La voz de Jimmu Yamagata vino a sacarla de su perplejidad.

—Son musulmanas —indicó el japonés—. De ese modo convierten el rito religioso en placer, en verdadera voluptuosidad.

Fanny no contestó. En su fuero interno experimentó el deseo de Imitarlas. Un sudor pegajoso la invadía, y hubiera dado cualquier cosa por sumergirse en las aguas del fanal. El coche se detuvo bruscamente, obligándola a volver a la realidad.

Se hallaban parados ante un edificio, especie de *bungalow*, aunque mucho más elegante y sólido de cuantos había contemplado hasta entonces. Carecía de fachada, pero el techo estaba sostenido por ligeras columnas rodeadas de un zócalo de mármol muy blanco. En uno de estos pilares se elevaba una bandera japonesa, y ante la escalinata de la entrada, hacían guardia dos soldados, arma al brazo.

De nuevo, la angustiosa realidad repiqueteó en el cerebro de la doctora, y el recuerdo del cadáver de John Baring, acribillado a balazos y abandonado junto con el de Staboren, para servir de pasto a las fieras, puso un nudo en su garganta.

El oficial nipón le dijo, sin grandes ceremonias:

—Pase. Hemos llegado.

Era un vestíbulo amplio convertido en oficina. Tres o cuatro mesas atiborradas de papeles, tras de las que se acomodaban otros tantos funcionarios militares junto con algunos ficheros de madera componían el mobiliario.

En uno de los ángulos el departamento aparecía dividido por medio de un biombo de grandes proporciones, de tal modo, que el espacio oculto quedaba completamente aislado. Además, habían sido adaptadas cortinas hechas con delgadas cañas de bambú, y de este modo, el interior del *bungalow* permanecía oculto a las miradas

de los paseantes.

Yamagata, con un ademán y una sonrisa que Fanny simuló no ver, la invitó a pasar al otro lado del biombo.

Allí también había una mesa y un par de ficheros, además de un sillón giratorio y tres o cuatro sillas, pero lo que más llamó la atención de la doctora fue un envoltorio en cuya cubierta aparecía estampada la bandera de los Estados Unidos. Fue tanta la impresión que este detalle le produjo, que no reparó en el hombre que, al otro lado de la mesa, con los pulgares hundidos entre el correaje del uniforme, la estaba contemplando.

Al fin levantó la cabeza y sus ojos se detuvieron en los del que con tanta atención y algo burlonamente la observaba.

No pudo reprimir un sobresalto. El que estaba ante ella no era un japonés, aunque el uniforme correspondía a un alto jefe del ejército nipón.

Su rostro resultaba demasiado redondo y puede que hasta algo abotargado y rubicundo, tal vez aporque ingiriese una cantidad de alcohol más elevada de la que sus vísceras eran capaces de tolerar. Tenía la cabeza desprovista de pelo, así como las cejas y las pestañas. La nariz resultaba a loro achatada, en tanto que los labios eran gruesos, dejando ver tras ellos unos dientes grandes y manchados, que daban a su semblante, ya feo, un aspecto bastante repulsivo. Los ojos semejaban dos bolas de cristal verde, con un brillo vivísimo y una fuerza de penetración tal, que la doctora los sintió sobre su epidermis como si se la taladrasen.

Tras de unos minutos de silencio, durante los cuales ambos se estuvieron observando mutuamente, Yamagata y el desconocido entablaron un diálogo del que la doctora no pudo entender nada. Hablaban en japonés, dedujo, y era evidente que aquel hombre, europeo sin duda, dominaba bien el idioma. De todas formas, supuso que era ella el objeto de la conversación, y que el oficial estaba poniendo al otro en antecedentes de todo lo ocurrido desde que abandonó el helicóptero.

Cuando terminaron, el desconocido se encaró con ella para decirle en el más correcto inglés y mostrándole el paquete que en un principio atrajo sus miradas:

—¿Lo reconoce?

Fanny no titubeó, al replicar.

—Por supuesto. Se trata de uno de los envíos que, conteniendo vacuna antipestosa, fueron remitidos a Staboren por medio de los paracaídas.

—Así es —convino el otro, que añadió a continuación—. Mi nombre es Hans Schacht, alemán. ¿Quiere sentarse, señora Bessel? —Y se acomodó él, señalando un asiento a Fanny.

Ella permaneció en pie. Apretaba un pañuelo entre los dedos, y no disimulaba su nervosismo. El alemán le tendió una caja de cigarrillos que ella no quiso aceptar, aunque no dijo nada. El siguió, luego de encender uno en la llama del mechero que le aproximó Yamagata.

—Supongo que no irá a decirme que le sorprende encontrarme en este lugar, siendo así que en Europa también se combate. ¿No es cierto?

—Le ruego que se ahorre estúpidas consideraciones a inútiles comentarios. Estoy aquí. Vino a realizar un trabajo que les incumbía a ustedes por ley de caridad. Trabajaré por llenar el vacío que dejaron. Así, pues, señálenme cuanto antes el destino que me reservan, y no será preciso que usen argumentos de cierta naturaleza para obligarme a cumplir lo que estoy dispuesta a realizar con todo esmero y mejor voluntad.

—Celebro su buena disposición. Eso nos evitará situaciones violentas o desagradables —puntualizó el llamado Schacht—. Dentro de una hora será conducida a uno de esos campos de prisioneros. Allí se alojan actualmente cinco mil. La enfermedad no hizo su aparición todavía, y de usted depende el que no llegue a invadirlo.

—Prisioneros blancos, ¿verdad? —preguntó Fanny, que permanecía aun en pie.

—Europeos y americanos —puntualizó el alemán—. La mayor parte de ellos son familiares de funcionarios civiles o militares, mujeres y niños, si es que esto aviva su interés por comenzar el trabajo.

—Desde luego —admitió ella, mirándolo fija y retadoramente—. Yo no abrigo animosidad alguna contra las personas cuyo tinte de piel es distinto al mío, pero es natural que desee ser útil a los de mi raza.

—Es muy lógico, señora Bessel —replicó, con altivez, Schacht—.

Pero no olvide que yo también lucho desde aquí por el pueblo alemán, aunque al hacerlo sirva al japonés, nuestro aliado. Soy médico, ¿comprende? Él señor Yamagata y yo somos los únicos médicos de la isla. ¿Se da cuenta ahora de lo difícil que resulta nuestra situación? Hay aquí muchos soldados cuyas vidas nos compete salvaguardar. Solos, luchamos contra las epidemias y los accidentes que se producen. No contamos con otra ayuda que con la de inexpertos auxiliares. Por eso, la mortandad alcanza cifras inconcebibles. Sin esta fecundidad prodigiosa, propia de la tierra, que alcanza a las personas en la misma medida que a la vegetación, es posible que dentro de poco los únicos habitantes del país fuesen los animales salvajes y las plantas.

Fanny había escuchado muy atentamente las palabras del alemán, y sintió que su deseo de mostrarse altanera se iba desmoronando. Extendió una mano hacia el asiento que antes le ofreciera Schacht, y se dejó caer en él cuando Yamagata se lo aproximaba. Se sentía muy cansada. Las fuertes impresiones experimentadas en tan corto espacio de tiempo, comenzaban a hacer mella en su robusta naturaleza. Además, las ropas le molestaban. Con el afán de pasar inadvertida, vestía pantalón y cazadora semejantes a las prendas usadas en los campos de concentración. Eran de un tejido basto que ahora, por efecto de la lluvia, estaba encogido, arrugado y sucio de sudor y de barro. Todo ello contribuía a mantenerla en un estado tremendo de fatiga y angustioso malestar. Se despojó del gorro y su hermoso pelo dorado cayó como un manto extraño sobre sus hombros relajados y su espalda encorvada.

No sabía qué decir luego de escuchar al alemán. Si lo que aquel hombre acababa de referirle era cierto, ella, desde un punto de vista profesional, se consideraba inclinada hacia él. Se frotó la cara con el pañuelo y entornó los ojos como si quisiera recapitular consigo misma. Este estado de abstracción le impidió percatarse de la mirada de inteligencia que los dos hombres cruzaron, acompañada por una leve sonrisa de triunfo.

—Y bien —oyó que le decía Schacht—. ¿Supone que ahora le será posible considerar nuestros actos con mayor benevolencia?

Fanny irguió la cabeza, para decir:

—No comprendo cómo esa horrible situación no han tratado de

resolverla a través de la Cruz Roja Internacional. Nadie les habría negado su apoyo, y muchas vidas se habrían salvado.

—¿Cree sinceramente lo que dice, señora Bessel? —repuso el alemán, incorporándose y adoptando el aire doliente del que confía poco en las instituciones regidas por organismos internacionales—. ¿Quién se habría desplazado a estos lugares? ¿Quién hubiera aceptado riesgos inmensos a miles de kilómetros de nuestra flamante civilización occidental?

—¿Por qué no permitieron, entonces, que nosotros actuásemos a nuestro modo? —insistió aun la doctora—. Les habría bastado con ignorar nuestra llegada, y hoy contaríamos con la capacidad y la experiencia del doctor Baring y... —Se detuvo, y apretó los labios antes de añadir—: la de mi esposo.

Schacht la interrumpió, sin querer darse por enterado de esta insinuación.

—Ése habría sido nuestro deseo, pero el servicio de contraespionaje supuso que tras de los «comandos sanitarios» pudieran esconderse otras intenciones menos altruistas. ¡Cosas propias de la guerra! —exclamó, elevando los ojos al cielo—. No podíamos oponernos a lo que era una orden del Estado Mayor. Por eso se acordó aceptar la ayuda que tan espontáneamente nos brindaban, pero bajo nuestro control y después de haberles desconectado de todos sus agentes, informadores y enlaces.

—No he podido comprender aun cómo Staboren, siendo holandés, se prestó a semejante traición —objetó ella, resuelta.

—No debe sorprenderle —intervino Yamagata—. Hace tiempo que sus actividades eran conocidas, pero no hicimos nada hasta conocer todos los hilos de su bien urdida red. Luego, se le prometió respetar a su familia y no perjudicar sus intereses, todo a cambio de una información detallada y completa.

—Verá —se apresuró a agregar Schacht, antes de que Fanny tuviera tiempo de hacer ningún comentario— que no somos tan duros como se nos supone, aunque la guerra obliga a veces a usar de una crueldad necesaria.

Fanny Bessel consideró que nada más le quedaba por discutir. Lo único que deseaba era dar comienzo a su trabajo cuanto antes. Sabía mejor que nadie que cada minuto transcurrido podría significar la salvación de muchas vidas. Por eso, haciendo acopio de

fuerzas, se levantó, y, con voz firme, declaró:

—Está bien. Me encuentro preparada.

—¿Desea alguna cosa que nosotros le podamos proporcionar? —preguntó, obsequioso, Schacht.

Fanny se dirigió al vano cubierto por las cañas de bambú, y mirando a través de las rendijas de la cortina, dijo, al mismo tiempo que señalaba hacia el canal en el que todavía se veían grupos de mujeres que tomaban el baño:

—Hubiera querido bañarme, pero sospecho que no hay otra posibilidad que la que ofrecen esas aguas estancadas y sucias.

—Se equivoca —la contradijo el alemán, con una sonrisa—. En el Hotel Alemán podrá hacerlo. La acompañará el doctor Yamagata, y le serán entregadas otras ropas más en armonía con su condición... y con su belleza —resumió en un tono que produjo en ella un estremecimiento inevitable.

—Gracias —repuso, secamente.

Y se encaminó a la salida.

* * *

Cuando tonificada por un baño bastante agradable, y sintiendo sobre su carne la suave caricia de unos vestidos más propios de su sexo, abandonó el hotel, ya la estaba aguardando Hans Schacht, al volante de un pequeño automóvil. Jimmu Yamagata, que sólo la había perdido de vista el tiempo que estuvo en la cabina del baño, iba en pos de ella, y se apresuró a abrir la portezuela.

—He querido encargarme personalmente de su traslado —anunció el alemán, mostrando unos paquetes que con la etiqueta de la bandera estrellada había en el fondo del coche—. Ahí lleva todo lo necesario.

Fanny Bessel, más confortada, sonrió para decir:

—De acuerdo. Sé lo que contienen. Ahora debo advertirle que ya fui vacunada antes de venir. Ésa será la primera medida que adopte con el personal auxiliar que se me señale.

—Empezando por el doctor Yamagata y por mí —precisó Schacht.

El automóvil se había puesto en movimiento, y la doctora volvió a contemplar el mismo panorama y el mismo ir y venir de gentes

que bullían por doquier, bien ajenas al terrible peligro que les amagaba y que ella había venido a conjurar.

Jimmu le ofreció un termo y un cartucho de pastas, que no se atrevió a rechazar. Se encontraba desfallecida, y bebió con avidez un té muy caliente que obró como un sedante sobre sus maltrechos nervios.

* * *

Se despertó sobresaltada al percibir un griterío ensordecedor en el que se mezclaban las voces en holandés, en malayo y en inglés. El coche se había detenido. Varios soldados lo rodeaban como si trataran de protegerlo de aquella muchedumbre vociferadora. Cuando se hubo despejado un poco, prestó atención y calculó que no bajaría de un millar el número de personas que les rodeaban, hombres, mujeres y niños, de todas las edades y de todas las razas.

Schacht y Yamagata daban órdenes que no pudo comprender. Vio como los manifestantes señalaban hacia la parte delantera del vehículo, y sólo ahora se dio cuenta de que éste llevaba un banderín con las insignias de Sanidad. Los soldados pugnaban por obligar a retroceder a los exaltados, pero sin conseguirlo.

Schacht dijo entonces algo al oído del oficial que mandaba la sección, y a los pocos segundos los soldados volvieron sus fusiles hacia la muchedumbre. Los dedos de los japoneses se cerraron sobre los gatillos de sus armas. Se leía en sus rostros herméticos una cruel indiferencia. Uno de los prisioneros siguió avanzando hacia ellos, con tes palmas de las manos abiertas en actitud suplicante. Schacht hizo una señal y dos balazos abatieron al hombre.

Se hizo un angustioso y opresivo silencio. Los prisioneros regresaron tras las alambradas, empujados por las bayonetas. Unos instantes más tarde, los alrededores del coche habían quedado limpios.

Schacht trató de disculparse.

—Son apestados —dijo—. Se les ha recluso aquí y están condenados a muerte. Sería inútil exponerse por ellos.

—Y usted ha querido ser más rápido que la misma enfermedad, ¿no es cierto? —barbotó Fanny Bessel, congestionada por la indignación.

Yamagata quiso intervenir, conciliador.

—Nada se lograría con que se arriesgase usted o nosotros. Un tratamiento de semanas apenas si sería suficiente para salvar a un cinco por ciento. Usted lo sabe. En cambio, hay otros lugares en los que todavía puede hacerse algo de provecho.

Sin escucharle, la doctora tomó uno de los paquetes y trató de arrojarle del automóvil, pero el japonés la detuvo, al tiempo que el vehículo se ponía en marcha.

No habían recorrido treinta metros, cuando una mujer se adelantó; saliendo de la parte trasera de unos barracones. Se mostraba desesperada. Su pelo era una maraña informe, y las ropas aparecían chamuscadas y convertidas en jirones. Sin que los soldados pudieran evitarlo, se aferró a la portezuela del automóvil, y comenzó a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Asesinos! ¡Asesinos! ¿Qué ha sido de mi esposo? ¿Lo habéis matado ya con la misma facilidad que esta mañana habéis incendiado mi casa?

Los soldados trataron de arrancarla de allí, pero ella continuó gritando:

—Prometisteis no hacer nada contra nosotros a cambio de mis confidencias, pero yo sé que lo habéis mata...

No pudo terminar. Uno de los soldados le propinó un manotazo, haciéndola caer junto a las ruedas del coche, que siguió su camino.

—¿Quién es? —pregunta Schacht, sin conmoverse y como si todo aquello resultara demasiado nuevo e inexplicable para él.

—La mujer de Hugo Staboren —le hizo saber Jimmu Yamagata.

Fanny Bessel se llevó las manos a la cara, y se dejó caer pesadamente en el asiento. Estaba horrorizada.

Pero sus tribulaciones apenas si habían comenzado.

CAPÍTULO VI

La alarma se produjo de manera repentina, cosa habitual en casos semejantes. Los troncos huecos, de madera sonora, establecidos en los puestos de policía, comenzaron a esparcir sus vibraciones, sin interrupción, lo que constituía un indicio claro de que el suceso era mucho más grave de lo ordinario.

Los transeúntes se dispersaron a todo correr, en tanto que los comerciantes, cerrando sus puertas, se protegían así de las posibles invasiones de los fugitivos. En pocos momentos, sólo quedaron en las calles los policías malayos, a los que no parecía impresionar demasiado el acontecimiento, quizá por hallarse habituados a él y bien preparados para hacerle frente.

Las calles de Batavia, generalmente invadidas por una multitud abigarrada, que no mostraba impaciencia por nada, quedaron desiertas a los pocos minutos de haber sido dada la primera señal de peligro.

Desde las ventanas, las puertas e incluso desde los cornudos tejados, empezaron a caer sobre el pavimento los objetos más heterogéneos: sillas, mesas, bastones, taburetes y todo lo que pudiese servir de impedimento al libre tránsito.

No tardó en hacer acto de presencia el primer pelotón de vigilancia, compuesto por cuatro policías indígenas, portadores de sendas horquillas cuyos dos dientes estaban lo suficientemente separados para oprimir a un hombre robusto entre sus largos y macizos extremos.

Pero no sólo ellos se encontraban en las inmediaciones. A pocas docenas de metros, y ocultos entre un grupo de bananeros, dos individuos de carnes bronceadas, cubiertas por el clásico sarong, se mantenían a la expectativa. Desde luego, su corpulencia impedía

que fuesen confundidos con malayos de pura raza, sobre todo uno de ellos, de ancha espalda y brazos fornidos como los de un oso. El otro mostraba también una musculatura atlética, aunque en modo alguno se podía equiparar a la de su compañero.

Durante un buen rato, permanecieron en silencio, atentos a lo que no lejos de ellos estaba sucediendo.

Los policías habían tomado posiciones de modo que se hallaban dispuestos para oponerse al paso de cualquiera que intentase cruzar la calle en uno u otro sentido, con las horquillas extendidas hacia adelante.

El golpear de los sonoros tambores seguía percibiéndose con toda intensidad, pero sin que ningún hecho extraordinario viniera a justificar las severas medidas de precaución.

El más alto y corpulento de los recatados espectadores, dije al fin, incapaz de seguir manteniendo el ominoso silencio:

—¿Puedo saber qué demonios ocurre, capitán? Esos tambores van a acabar por sacarme los nervios de quicio.

—Hable bajo y suprima el tratamiento, Mac —replicó el otro, amortiguando la voz y dirigiendo una mirada recelosa en torno suyo y hacia la fronda que se elevaba impenetrable sobre ellos—. Están corriendo el amok —aclaró.

El hércules se rascó la cabeza, antes de responder:

—¿Corriendo el amok? —Y en tono misterioso, agregó—: ¿Quiere explicarme lo que eso significa?

Su compañero le hizo retroceder hasta un macizo de gruesos bambúes, y una vez allí se dispuso a satisfacer su curiosidad.

—Es una especie de locura homicida que, de tarde en tarde, ataca a algunos naturales de estas tierras. Es decir, a los de ascendencia malaya —concretó.

—¿Una locura homicida? —repuso el atleta, no muy seguro de haber comprendido bien.

—Eso es. De cuando en cuando brota en ellos el espíritu salvaje y rebelde de sus antepasados. No toleran la menor ofensa, pero si quien se la infiere es un hombre blanco, o simplemente, de otra raza, se lanzan a la calle armados de un «kris» o de un machete, dispuestos a asesinar a todo aquel que ose salirles al paso.

—No creo que en Java hayan quedado muchos hombres blancos en condiciones de causarles la más insignificante molestia.

—Es posible que esté en lo cierto, pero juraría que los japoneses no les aplican un trato mucho más benévolo del que estaban acostumbrados a recibir de los europeos. Si los diablos amarillos han hecho una trastada a alguno de ellos, y este siente hervir en sus venas la sangre malaya que alienta su viejo espíritu, no vacilará en lanzarse a una muerte segura, buscando la manera de herir antes de caer traspasado por las armas de los que considera opresores suyos.

—¿Y supone que ahora anda suelto algún tipo de éstos?

—Evidentemente. Hay retenes cuya misión consiste en avisar a los ciudadanos por medio de ese parche que martiriza nuestros oídos. Al momento entran en acción los policías armados de esa vara larga, terminada en uno de sus extremos, por dos puntas con las que clavan al demente a una pared o a un árbol y de esta forma lo rematan, pues nunca se debe esperar el apaciguamiento o la entrega del que se ha lanzado a tan sangriento arrebató.

—¿Y no cree que esta circunstancia puede haber venido a complicar nuestra situación?

—Es posible que así sea, pero nada podemos hacer para remediarlo... ¡Mire! —se interrumpió de pronto el que había sido designado con el apelativo de capitán al mismo tiempo que teniendo el brazo extendido señalaba a su compañero el lugar de la floresta por el que acababa de aparecer un hombre, un malayo, llevando en las manos un machete y un «kris», armas que agitaba con furor sobre su cabeza.

Cuando el extraño personaje llegó a la explanada, se detuvo en su loca carrera, fijas las miradas en los cuatro policías que ahora se agrupaban para hacerle frente, con las horquillas extendidas hacia adelante. El hombre volvió la vista atrás, vaciló, y al fin optó por seguir avanzando, tal vez porque de la otra parte se viera asediado ya por un mayor número de perseguidores.

Al ver como se les aproximaba, los policías se abrieron en abanico, dispuestos a envolverle en un círculo de agudas puntas, pero el fugitivo siguió hacia adelante, tensos los músculos, como fiera dispuesta a saltar.

Uno de sus cazadores se adelantó a los demás, pero en ese mismo instante, el hombre dio un quiebro con el cuerpo para eludir la acometida, y dejando caer el brazo en el que sostenía el machete, cercenó el mango de la horquilla por su parte media. A

continuación, antes de que los demás pudiesen evitarlo, alargó el brazo contrario, y el «kris» se hundió en un costado de su adversario.

La cosa había ocurrido con la velocidad de un relámpago. Sus oponentes apenas si tuvieron tiempo de cerrar contra él de manera organizada y eficiente.

El malayo lanzó un alarido salvaje, y de un salto enorme, cayó tras ellos dando tajos rapidísimos e inverosímiles. Uno de éstos abatió a otro de los policías, abriéndole el hombro hasta más abajo de la clavícula. Los dos restantes atacaron entonces con furia, pero el presunto loco no se dejó sorprender. Sus movimientos eran veloces, y su mente parecía hallarse serena, mucho más de lo que en un orate cabría imaginar.

Esta certidumbre fue la que invadió de pronto al capitán Víctor Lawrence, uno de los dos testigos de tan portentoso acontecimiento.

—Ese hombre no está loco —dijo al sargento Mac Douglas, después que vio abatirse, bañado en sangre, al segundo de los cuatro policías.

—Sí. Parece que se defiende bastante bien. Sería una pena que al fin lo ensartaran con el tenedor como si fuese una trucha —se lamentó el sargento—. Daría cualquier cosa por tener aquí ahora la Thompson. Le iba a echar una mano a ese valiente.

—Tendrá que guardar sus sentimientos generosos para otra ocasión —repuso el capitán.

—¿Qué quiere decir?

—La muerte del amok puede significar para nosotros el salvoconducto de nuestra permanencia en Java.

—No acabo de comprenderlo, capitán. ¿Es que piensa que seamos nosotros los encargados de dar fin al incidente? —inquirió el sargento, con no poca sorpresa.

Lawrence le miró esbozando una sonrisa, antes de responder:

—Es admirable, sargento, pensar que existe alguien capaz de sorprender hasta lo más recóndito de nuestros pensamientos.

Mientras tanto, la lucha proseguía rápida y frenética, entre el malayo y los policías supervivientes. Los troncos de árbol huecos, batidos por manos expertas, continuaban lanzando sus opacas vibraciones, sonos que llegaban desde todos los puntos, cada vez más intensos y puede que hasta más próximos al lugar de la

refriega.

El malayo, seguro de que sus posibilidades de escape radicaban en la brevedad con que fuese capaz de vencer la obstinada resistencia de sus adversarios, había guardado el «kris» entre la falda y la carne, en tanto que el machete lo sostenía entre los dientes, apretados con fuerza sobre la mitad de la hoja, rutilante y en gran trecho ensangrentada.

En las manos tenía ahora la horquilla arrebatada al cadáver del segundo de los policías, y con ella en ristre atacaba a los otros, un poco reacios ya al combate, a medida que de sus pechos se iba apoderando el convencimiento de una posible e inminente catástrofe para sus vidas.

El amok se mostraba dotado de unas excepcionales condiciones para la esgrima con aquel armatoste extraño. Tan pronto lo presentaba ante sus adversarios asido por los extremos, deteniendo las embestidas, como lo hacía avanzar en forma de lanza de dos puntas, obligando a los otros a un retroceso rápido si querían evitar la hurgonada de tan formidable elemento.

Esta actitud de los policías era celebrada por el hombre con una sonrisa que, sin dejar de ser feroz, por la circunstancia de seguir manteniendo entre los dientes el brillante machete, no disimulaba cierta incomprensible ironía, Lawrence y Mac Donarles no tuvieron otro remedio que admirar aquel valor sereno y aquella fortaleza extraordinaria en un tipo cuya vida parecía tener los segundos contados, a juzgar por el clamor que hasta ellos llegaba, producido por quienes en auxilio de los desalentados policías estaban a punto de aparecer, viniendo desde todos los rincones de la ciudad.

—Hay que aprovechar este momento, o no podremos valernos de ese hombre para conseguir nuestro propósito —anunció el capitán, después de avanzar unos pasos e instando a su compañero para que le siguiera.

—No me diga que vamos a ponernos del lado de esos individuos, capitán —rezongó Mac Douglas—. Ese malayo es un valiente y, como usted mismo ha dicho antes, no está loco.

—¿Cree que no me he dado cuenta, sargento? Sígame —se impacientó Lawrence.

Pero en el momento en que iban a abandonar el refugio de las bananeras, donde hasta entonces permanecieron ocultos, un grito

de muerte les llegó desde el lugar de la contienda. Otro de los policías acababa de ser puesto fuera de combate, por medio de un golpe tremendo de horquilla que le ensartó.

El último, convencido de que su fin se hallaba próximo no quiso esperar a recibir la caricia del machete que otra vez empuñaba el amok, y, arrojando lejos de sí el punzante instrumento, enderezó una carrera vertiginosa hacia donde acababan de hacer su aparición los primeros auxilios.

Lawrence y Mac Douglas se detuvieron. El fugitivo venía ahora en la dirección en que ellos se encontraban y, al divisarlos, se paró abortó.

—¡Fuera! —gritó en lengua malaya, después de unos segundos de vacilación, agitando las armas.

El tiempo apremiaba. Lawrence midió de una ojeada la distancia existente, y de un salto inverosímil se arrojó en plancha a los pies del indígena, por donde logró asirle, en tanto que el machete de aquél describía un rápido y silbante tajo sobre su cuerpo. El hombre se tambaleó y, al caer, sus labios barbotaron un juramento, en un inglés gangoso, de ascendencia inconfundible:

—¡Perros traidores! —exclamó, ya en tierra.

Mac Douglas que lo aprisionaba por los brazos, no pudo reprimir un grito de sorpresa.

—¡Habla inglés!

El desconocido volvió el rostro hacia la explanada, en la que veinte o treinta personas aparecían corriendo hacia ellos. Apretó los dientes para decir:

—Sí. Hablo inglés. Pero si nos alcanzan, dentro de unos minutos habremos enmudecido para siempre.

Víctor Lawrence no supo explicarse qué fuerza extraña le impulsó a ello, pero sin vacilar, se encaró con el supuesto malayo, y le dijo:

—Si conoce algún sitio seguro, donde poder ir, tome la delantera y corra todo lo posible. Nosotros le seguiremos.

El amok no se hizo repetir la propuesta, e igual trae un gamo se lanzó a través de la fronda espesa que frente a ellos aparecía como una muralla verde, esponjosa y húmeda.

La nueva situación que de hecho planteaba, debió sorprender no poco a los perseguidores del amok, puesto que durante unos

minutos se mantuvieron quietos a la entrada de la espesura, deliberando. Era la primera vez que se producía un caso semejante. Nunca un atacado de locura homicida se comportó de manera igual, y mucho menos se dio la circunstancia de que tuviese cómplices o amigos. Esto llegó a hacerles pensar si no se encontrarían ante un tipo de amok mucho más peligroso de lo ordinario. Pero las dudas se desvanecieron cuando alguien recordó que tres policías yacían muertos y que, por esta razón, era necesario apresar al culpable, y a ser posible, a los que de una u otra forma estaban relacionados con él. La llegada de un grupo de soldados japoneses puso fin a las deliberaciones, y dominado por un ardor digno de mejor causa, se lanzaron en seguimiento de los que huían.

Sin embargo, el intervalo había sido bien aprovechado por los fugitivos. Guiados acertadamente por el misterioso malayo, alcanzaron sin dificultades ni apremios la parte más intrincada de la floresta, en cuyas sinuosidades, recovecos y salvajes glorietas, quedaban a salvo de toda pesquisa que no fuese hecha con tiempo y saliéndose de rastreadores muy avezados en las peripecias de tan singular terreno.

Cuando al fin hicieron alto, no se percibía ya el griterío producido por las gargantas de la jauría humana lanzada en su persecución, apagada por los mil rumores de la selva.

La carrera había resultado verdaderamente épica. Los tres hombres, pese a su bien probada forma física, jadeaban. El sudor cubría sus desnudos cuerpos. Fue entonces cuando el capitán Lawrence y el sargento Mac Douglas prestaron atención a los anchos surcos de un tono más claro que cruzaban la epidermis del extraño y circunstancial amigo que les había tocado en puerto.

El origen de semejante descoloramiento ora, sin duda, aquel vaho caliente que brotaba de sus cuerpos como si acabasen de ser izados desde el fondo de una caldera de vapor. Los dos «comandos» se miraron de manera significativa. El otro, para quien no había pasado inadvertida la muda y atenta observación, se contempló a sí mismo, y, al descubrir la causa que de tal modo acababa de sorprender a sus compañeros, clavó en ellos sus ojos recelosos, poniendo al hacerlo el mismo detenimiento.

Durante unos segundos se estudiaron sin moverse, sorprendidos tal vez por algo que les mantenía atónitos, hasta que el amok,

enderezándose, dejó ver una sonrisa mientras señalaba los cuerpos de Lawrence y Mac Douglas, en los que se hallaban marcadas unas manchas similares a las suyas.

El capitán y el sargento dejaron que afluyese a sus labios la misma risa burlona. Luego, sin poder resistir por más tiempo el impulso, se desataron en ruidosas carcajadas.

—Entonces resulta que es usted una máscara —saltó Mac Douglas, cuando al fin pudo dominar su hilaridad.

—Sería más correcto decir somos, ¿no le parece? —repuso el otro, yendo hacia ellos y despojándose de la negra y enmarañada peluca a la que tenía adherido el clásico pañuelo de «batik», con los dos cuernecitos.

—¿Inglés? —inquirió el capitán, alargando su mano para estrechar la que se le ofrecía.

—Americano —fue la respuesta, del otro, quien preguntó, a su vez—. Compatriotas, ¿no es cierto?

—¡Hum! —rezongó Lawrence, sin decidir explayarse—. Acabamos de llegar de...

—Australia —cortó el fingido amok, con una seguridad que hizo quedar perplejos a sus interlocutores.

—Veo que llevamos camino de comprendernos —se expresó el «comando»—. Ahora, ¿podríamos saber algo de usted? Está claro que ya conoce todo cuanto a nosotros se refiere.

—Se equivoca. Es puro cálculo. Estaba seguro de que un día u otro vendrían hombres capaces y fieles para hacerse cargo del trabajo que, hasta el instante en que se derrumbó su valor, había llevado a cabo Staboren.

—Continúa sin decirnos quién es —se impacientó el sargento, aunque logró dominarse bajo una mirada de su jefe.

—Déjelo. Tiene razón —admitió el hombre—. He debido presentarme ya. Pero son tantos los que cayeron bajo la zarpa nipona, que dudo si mi nombre significará algo para ustedes. Me llamo Ricardo Bessel.

CAPÍTULO VII

Cuando después de ocho interminables horas de viaje, el coche se detuvo a la entrada de la construcción irregular en su forma, pero de unas dimensiones cortas, Fanny Bessel experimentó un ligero bienestar.

Supuso que se hallaría en Cheribon, ya que a este lugar le habían dicho que se encaminaban, pero sin que pudiese tener la seguridad de ello, no sólo debido a su ignorancia sobre la topografía del territorio, sino porque la claridad difusa, azulada y misteriosa de la noche, se oponía a toda posible orientación.

Luego del accidente acaecido en el campo donde se hacinaban aquellas pobres criaturas contaminadas por la espantosa epidemia, el que de manera tan profunda la había afectado, no quiso cruzar ni una sola palabra con sus acompañantes, pese a los esfuerzos que éstos hicieron para conseguirlo.

Se daba cuenta ahora de lo estúpida que se había mostrado y de lo frágiles que fueron sus libras sensibles al suponer a sus aprehensores capaces de obrar a impulsos de una idea generosa. Le resultaba de todo punto inaceptable la compatibilidad de un sentimiento noble y humanitario con aquel desenfreno, con aquel arrebató de pasiones y de odios, de salvaje brutalidad de que por desventura había sido vista obligada a ser involuntario y débil testigo. Lo único que anhelaba era llegar cuanto antes al punto de destino, para entregarse a una tarea que, convertida en sacerdocio, la elevara sobre tanta miseria, sobre tanta inmundicia. Por eso, de lo más profundo de su pecho se escapó un suspiro de íntima complacencia cuando oyó decir a Jimmu Yamagata:

—Ya estamos. Puede bajar, señora Bessel.

Hans Schacht caminaba ante ellos. Tres centinelas japoneses les

salieron al paso durante el recorrido que hicieron antes de llegar a un edificio construido al estilo del país, aunque algo más sólido, de ancha y baja fachada, cuyo cuerpo de arquitectura se remataba en una moldura corniforme, teniendo como puerta una especie de cancel hecho de cañas de bambú moteado, muy resistente, con dos puertas laterales, lo que daba al sitio un aspecto de pagoda sin pretensiones, cosa que, de todas formas, Fanny Bessel no estaba preparada para dilucidar, mucho menos arguellas horas y bajo una luz tenue y fantasmal que todo lo difuminaba y envolvía.

El alemán se encaminó resto a la de la derecha, custodiada también por un centinela, y, empujándola, se volvió hacia la doctora para indicar escuetamente:

—Pase.

Fanny obedeció sin comentarios, pero se detuvo en el umbral, atónita ante el cuadro que a sus dilatadas pupilas se ofrecía.

Se hallaban en una amplia sala rectangular, de no escasas dimensiones, sin ventana ni lumbrera alguna al exterior, e iluminada a medias por tres reverberos de vacilante e incierta claridad. A derecha e izquierda, así como en el centro, se alineaban hasta medio centenar de barbacoas, de reciente fabricación, a juzgar por el olor a bambú fresco que mezclado con otros aromas menos gratos se percibía.

Alguien que se hallaba sentado ante un rudimentario pupitre al fondo de la sala, y cubría su rostro con una mascarilla, se incorporó al oír pasos, y vino hacia los que acababan de penetrar en el recinto silencioso. La doctora lo vio avanzar envuelto en una bata blanca, con pasos lentos que producían extrañas resonancias sobre la reseca madera del entarimado. De pronto se detuvo, y Fanny pudo apreciar cómo se apoyaba en uno de los puntales de la barbacoa más próxima, bajo el reverbero central, pareciéndole que se llevaba la otra mano al cuello, como si un repentino vahído estuviera a punto de sobrevenirle. Sólo entonces, y a la luz que caía de lleno sobre el raro personaje, creyó advertir unas formas redondeadas que la obligaron a pensar si no se trataría de una mujer, una enfermera, ya que lo de las altas botas de piel que ocultaban sus piernas podía ser interpretado como una medida precautoria en un local repleto deapestados, sin que estos datos sirviesen para determinar, el sexo de la persona.

Otra cosa que llamó poderosamente su atención, fue el relativo cuidado que se prestaba a los enfermos, poco en armonía esta visión inmediata con los antecedentes que ella poseía sobre el trato que los japoneses otorgaban a los prisioneros.

Se desentendió de todo, y avanzó hasta el primer zarzo, el que encabezaba la línea central de barbacoas.

Allí, bajo una manta rústica, de algodón, se distinguían las formas de la persona que lo ocupaba. La doctora Bessel hizo ademán de ir a levantar el embozo que cubría por completo al paciente, pero se contuvo en el acto, con el mismo reparo que si hubiese estado a punto de hurgar en un cable de alta tensión.

Jimmu Yamagata se le aproximó para ofrecerle un envoltorio de papel celofán, al tiempo que decía con aquella sonrisa suya, helada y perenne:

—Tenga. Sus guantes, señora Bessel.

Fanny rasgó el papel, y luego de calzarlos, puso al descubierto el rostro del que yacía en el camastro. Le contempló en silencio durante un par de minutos, levantó el párpado del enfermo, y, como si hablase consigo misma, comenzó a decir:

—Cara inexpresiva, conjuntiva inyectada, piel seca y fría, recubierta de sudor viscoso. —Y continuando en sus observaciones, prosiguió—: Lengua que cubre una espesa saburra blanca. Pulso blando e hipotenso. Disnea y cianosis. —Volviéndose a sus acompañantes, agregó—: Seguramente no falta la sintomatología pulmonar con tos y expectoración sanguinolenta, a veces de tipo hemoptoico.

—En efecto —convino Yamagata—. Eso es lo que se observa en cada golpe de tos.

—Muy rico en bacilos pestosos, doctora. Será conveniente que utilice esto —intervino Schacht.

Fanny aceptó lo que el alemán le tendía.

—Gracias —le dijo secamente. Y avanzó hasta la yacija inmediata.

Hans Schacht la interrogó, después de que hubo examinado al enfermo:

—¿Qué opina de estos casos, señora Bessel?

—Forma pulmonar de la enfermedad producida por el bacilo de Yersin —repuso ella, acabando de ajustarse la mascarilla que la

cubría desde el cuello y los hombros, hasta la cabeza.

—¿El pronóstico? —volvió a hablar el alemán.

—Esta forma pulmonar primitiva, llamada forma pestosa, se estima como mortal siempre —contestó Fanny Bessel, sin eufemismos.

—¿Qué medidas piensa adoptar? —inquirió Yamagata.

—¿Significa esto que ya estoy en funciones? —quiso saber ella.

—Desde luego —afirmó Schacht—. En este pabellón hay sesenta contaminados que todo lo esperan de usted.

—¿Puedo saber a qué número asciende el de los enfermos de este campo?

—Tres mil.

—¡Tres mil! —exclamó Fanny—. Parece increíble.

—Así es —concedió el alemán—. Diariamente fallecen muchísimos, pero otros nuevos apestados les reemplazan. Por eso insisto en la pregunta que le ha formulado el señor Yamagata. ¿Qué medidas piensa adoptar de manera inmediata?

La doctora Bessel manifestó, sin vacilaciones:

—La única eficaz que hoy poseemos es el suero, del que, afortunadamente, y gracias a los servicios sanitarios de mi país, deben existir grandes cantidades en Java, pero ha de ser aplicado lo más tempranamente posible. Por tanto, hagan abrir los paquetes y señálenme los casos más recientes, ya que los que se encuentran atacados desde hace cinco días, tienen pocas posibilidades de salvación.

—¿Cuál es, entonces, su plan de trabajo? —indagó el alemán.

—Comenzaré a inyectar esta misma noche.

Jimmu Yamagata abandonó la sala a un signo de Schacht, en tanto que Fanny, seguida de éste, se aproximaba a otra barbacoa. Levantó la manta, y luego de observar durante unos momentos el rostro del paciente, un rostro igual al de los anteriores, de una característica ricial inconfundible, se volvió hacia el alemán, para inquirir:

—¿Otro japonés?

—¡Hum! —repuso Hans, con las mandíbulas apretadas y sin mover los labios.

Fanny no dijo nada, y se acercó al zarzo inmediato. Se trataba de otro japonés. Así recorrió hasta media docena más de barbacoas

con el mismo resultado. Se giró repente hacia Schacht, y casi con un grito, le espetó:

—¿Qué quiere decir esto? ¿Dónde estamos?

Hans Schacht la contempló un instante, sonriente, y al cabo replicó, con la mayor naturalidad:

—Nos encontramos en un hospital provisional de campaña del ejército nipón.

—¡Esto es una felonía! —clamó ella, presa de gran indignación.

—¿Acaso le repugna ejercer sus facultades con los que no son de su misma raza? Recuerdo haberla oído decir que no eran esos sus verdaderos sentimientos.

La perorata quedó interrumpida por el golpe seco que, al caer sobre el entarimado, produjo el cuerpo de la persona que Fanny vio a su llegada y a la que no había prestado nueva atención.

—¡Se ha desvanecido! —exclamó la doctora, yendo hacia ella.

—Debe tratarse de un mareo sin importancia —opinó el alemán, cuando ya Fanny se arrodillaba para prestar su ayuda al accidentado.

—¿Quién es? —inquirió, apoyando la cabeza del caído en sus piernas y buscándole el pulso bajo los guantes de gema que aquél tenía puestos.

—Uno de nuestros auxiliares —trató de convencerla Schacht, luego de un breve titubeo y haciendo ademán de ir a separarla de allí.

Más rápida. Fanny había levantado la mascarilla que ocultaba el rostro del que el alemán acababa de señalar como un ayudante.

Al verlo, un grito ahogado se escapó de su garganta.

—¡Norma!... ¡Norma!... —exclamó.

CAPÍTULO VIII

Sentados al amparo de un quiosco de cañas y paja de arroz, tres hombres se protegían de la inundación celeste que desde una hora antes transformaba en rojizos y alborotadores arroyuelos todos los caminos.

Víctor Lawrence, Ricardo Bessel y el sargento Mac Douglas, sin dejarse impresionar por aquel cataclismo de rayos, truenos y agua abundantísima, que mantenía perennemente viva la exuberancia de las tierras javanesas, se hallaban absortos en la contemplación de un mapa extendido ante ellos, y sobre cuya superficie resaltaban infinidad de círculos negros, amarillos y rojos. El doctor Bessel era quien, estaba en uso de la palabra, y señalaba con el dedo un punto determinado.

—En un principio se nos condujo a Garost, en el interior, seguramente para impedir todo intento de fuga, pero más tarde nos fueron diseminando por diversos lugares, alejados entre sí y de no fácil acceso, si exceptuamos el de las inmediaciones del puerto de Batan, en el extremo occidental de la isla.

—De nuestros datos y sus observaciones, se deduce que los dos núcleos verdaderamente importantes de prisioneros se encuentran en Samarang y Batan —hizo notar el capitán de «comandos».

—Así es —habló de nuevo el doctor—. Los restantes que figuran en este mapa, fueron evacuados recientemente y concentrados sus elementos en las dos puntas, la oriental y la occidental de la isla.

—¿Cómo pudo abandonar el campo en el que se encontraba? —preguntó el sargento.

El doctor Bessel dio unas cuantas chupadas al cigarrillo americano que tenía entre los labios, como si en este intervalo tratase de ordenar sus recuerdos.

—Ya les he dicho por qué fui descubierto —habló, al fin—. Una vez identificado, mostraron deseo, amigables en un principio, de que me hiciera cargo de un hospital japonés en el que habían sido recluidos y aislados los primeros soldados nipones víctimas del contagio.

—¿Qué le hizo rechazar esta proposición? —inquirió el capitán.

—Un sentimiento ineludible de solidaridad para con mis compatriotas y para con los restantes hombres blancos expuestos al mismo peligro. Ya se había producido algún caso que los japoneses resolvieron por vía rápida, eliminando a la víctima. Comprenderán que en estas circunstancias yo no podía aceptar sus propuestas. Así, pues, me negué. Fueron baldías cuantas amenazas lanzaron sobre mí. Entonces, pensando que con ello doblegarían quizá mi voluntad, se llevaron a Norma, la hermana de Fanny, mi esposa.

—¿Prometió usted acceder? —preguntó Lawrence.

—No. Firme en lo que consideraba mi deber, seguí oponiéndome a sus deseos.

—Supongo que, a partir de entonces, no le harían muy grata la existencia, doctor —terció el sargento.

—Exacto. Pero no voy a referirme al trato personal que se me otorgaba. Estoy convencido de que podrían haberme trasladado a viva fuerza, pero tal vez ellos pensarán que en estas condiciones mi trabajo no sería muy eficiente, cosa completamente absurda, ya que si me hubiese visto obligado a cuidar de los enfermos, lo habría hecho con un sentido estrictamente profesional y sin tener en cuenta su condición. Pero ellos recurrieron a un sistema que encoleriza y repugna por lo cruel.

—¿Malos tratos? —indagó el capitán.

—Algo mucho peor. Algo que me obligaba a permanecer en constante vigilia y acrecentaba mi desesperación —musitó Ricardo Bessel, clavando su mirada en la espesa cortina líquida que se extendía frente a ellos, como si las escenas a que se refería se hallasen aun presentes:

—¿A qué se refiere? —preguntó Lawrence.

—La epidemia se declaró abiertamente en el campamento, pero los japoneses se negaron a facilitarme ninguno de los medios, ni siquiera los más elementales, para atajarla o reducir sus consecuencias.

—Habrá que encerrarlos a todos juntos a un enjambre de ratas infectadas —barbot  Mac Douglas.

—Como es lógico —siguió el doctor Bessel— las defunciones se multiplicaban a diario, pero en la medida de lo posible, los japoneses procuraban que los atacados no murieran de la enfermedad, al menos, dentro del campamento. Los enfermos, para no verse arrastrados ante el pelotón o la ametralladora, ocultaban su dolencia e iban a morir en los rincones más escondidos, confortados por las palabras de aliento y consuelo de sus compañeros, que no tardaban en verse contaminados. —El doctor hizo otra breve pausa, antes de agregar, con exaltado ímpetu—. No pude más. Una mañana, en la que el ladrido de la ametralladora llegó hasta m , punzante y enloquecedor, abandonando toda prudencia, saltó la alambrada, y me dirigí al lugar del inhumano suplicio.

—Y lo cazaron como a un corderito —volvió a meter baza el sargento.

—Pero no sin que antes les dijera todo lo malo que su crueldad me inspiraba. Todo lo repugnante y vil que me parecía su comportamiento...

—Y entonces dispararon sobre usted,  no es cierto? —lo interrumpió Lawrence.

—Así fue. La ametralladora se volvió contra mí y las balas bordaron mi silueta, sin tocarme, de manera pasmosa. Instintivamente me arrojó a tierra, sobre un montón de cadáveres, y, sin un rasguño, permanecí quieto hasta que se alejaron.

—Resulta extraordinario el que no quisieran convencerse de su muerte —señaló Mac Douglas.

—Eso mismo tem  en un principio, pero luego supuse que el temor a cruzar sobre los muertos, todos ellos apestados, les contuvo. Por fortuna —prosiguió Ricardo Bessel, enjug ndose el sudor que el recuerdo de las tribulaciones pasadas había hecho brotar de su frente— no hacía un mes que me inyectó la vacuna antipestosa, y esto me libr  del contagio.

— Qu  hizo después? —preguntó el capitán.

—Durante todo el día permanecí all , hasta que las sombras de la noche encubrieron mi retirada. Unos indígenas, cuyos familiares habían sido asesinados por los japoneses, me ocultaron, y gracias a

ellos conseguí este disfraz y la ayuda necesaria para dedicarme a indagar el paradero de Norma.

—¿Lo ha sabido?

—Hoy mismo. Para ello tuve que emplear argumentos bastante enérgicos —afirmó el doctor, mostrando los nudillos de su mano derecha, amoratados aun—. Los datos me fueron facilitados por un colono que sirve a los nipones, pero no tuve suerte al final. Acudieron algunos criados, y me vi obligado a escapar, no sin antes apoderarme del machete y del «kris».

—¿Cómo se le ocurrió hacerse pasar por amok? —quiso saber el capitán de «comandos».

Ricardo Bessel sonrió, antes de contestar:

—Era el único medio de alcanzar el camino de la huida. Ya vieron como las gentes, aterrorizadas, escapaban a mi paso, dejándome libre la retirada.

Víctor Lawrence plegó el mapa, lo guardó en una bolsa de tela impermeable, y lo hundió en el fondo de un farde sucio y remendado en el que, por el bulto que presentaba, deberían encontrarse otros varios objetos voluminosos.

Luego, dijo con calma:

—Bien, doctor. Ahora ya disponemos de bastantes elementos de juicio para dar comienzo a nuestro trabajo. Conoce lo referente a su esposa, al doctor Baring y a las razones de nuestra llegada a esta isla. Estimo que nuestros primeros pasos deben encaminarse hacia el lugar donde supone se encuentra su cuñada.

—Eso mismo pienso yo —convino el doctor—. Resulta muy lógico suponer que Fanny haya sido conducida hasta allí, puesto que a los japoneses les interesa ante todo velar por la vida y la seguridad de sus soldados.

—Entonces —apuntó el sargento— sólo falta ponerse en camino.

—¿Cuánto cree que tardaremos en llegar a Cheribon, doctor?

—Un par de días, si la suerte nos acompaña. Las selvas bajas se hacen bastante intrincadas antes de llegar a la costa.

—Procuraremos sortear los poblados —señaló Lawrence.

—Será lo más oportuno —hizo saber el médico—. Un machete y un «kris» no son armas muy aptas para enfrentarse con las patrullas japonesas.

Víctor Lawrence esbozó una sonrisa. Con un ademán ordenó a

Mac Douglas que volviera a abrir el saco, del que el sargento extrajo algo de forma extraña, envuelto en funda impermeable, y Ricardo Bessel quedó estupefacto al contemplar una flamante ametralladora «Thompson».

—Poseemos dos —dijo el capitán—. Las ocultamos en este sitio, a nuestra llegada, y creo que serán suficientes.

La lluvia había cesado casi de manera repentina, igual que empezó. Los tres hombres, una vez restaurada la pintura que ocultaba el verdadero tono de su piel, con los elementos de que los «comandos» disponían dentro del saco, pusiéronse en marcha a través de las espesas aglomeraciones de árboles, entre los que el agua resbalaba ahora en pequeños arriates hacia el fondo de una ladera.

Ricardo Bessel se detuvo un instante, para decir:

—Es mucho lo que aún nos queda por hacer. Rescatar a Fanny y a Norma, sólo representa un episodio en esta lucha contra la muerte y la ignominia.

—Lo sé, doctor —replicó Lawrence, muy serio—. Aún se halla suspendida la fabulosa guadaña sobre millones de cabezas. Hoy manda la muerte, usted lo ha dicho, pero la vida empieza mañana. Puede estar bien seguro de ello.

CAPÍTULO IX

Cuando Fanny Bessel, enjugando el pegajoso sudor de su rostro en un gran pañuelo de rameados y chillones dibujos, llegó ante el reducido *bungalow* que le fue designado para alojamiento suyo y de su hermana, la sirvienta indígena salió a su encuentro mostrándole en una sonrisa la boca desfigurada por el uso del betel, que le hacía escupir una saliva del color de la sanare. La doctora, habituada ya a la contemplación de este repugnante espectáculo, ofrecido por mujeres que podrían resultar bellas, no obstante sus rasgos exóticos, sin la odiosa costumbre de masticar el buyo (Mistura hecha con el fruto de la areca, hojas de betel y cal de conchas, que mascan algunos naturales del Extremo Oriente.), se detuvo para escucharla, aunque fue necesario que diese ella comienzo al diálogo:

—¿Alguna novedad, Tujima? —preguntó.

—Sí. Mi dueña estar hoy mejor —repuso aquélla, arrojando un nuevo salivazo enrojecido, como si de este modo expresara más radiantemente su íntimo alborozo—. Querer comer y salir.

El *bungalow*, situado a unos quinientos metros del grupo de pabellones habilitados por los japoneses para hospital, podía decirse que gozaba de cierta independencia, gracias a la vegetación que lo aislaba del resto de las construcciones.

Fanny cruzó a buen paso el porche, y penetró en la única pieza en la que se acumulaban todos los servicios de su estrecha morada. Sobre una especie de canapé, confeccionado por la indígena con hojas secas de güiro y el invariable tejido de batik, yacía Norma, su hermana, en cuyo semblante, maravillosamente dibujado y moreno, aún se dejaban ver las huellas inequívocas de su pasada y amarga dolencia.

Su belleza no era vulgar, y por añadidura, contrastaba con la

serena vetustidad de Fanny.

La doctora Bessel, al remontar el pináculo de los treinta años, había alcanzado ese grado de perfección, dulce y quieta como las aguas de un lago, calma que abonaba la transparencia de unos ojos glaucos de entonación marinera, que tan bien enmarcaba en el óvalo de su cutis blanco, con blancura de sal y con el oro fulgente de sus cabellos.

Norma, por el contrario, era una beldad peregrina, como una tanagra de Beocia, para quien el exotismo de Java venía a ser el marco más apropiado.

Sus ojos, negros y rasgados, poseían una profundidad insondable, hondura que se acentuaba por la palidez de un rostro cetrino y aterciopelado, bajo la caricia de unas ojeras que la convalecencia acrecentaba ahora. Fanny había dicho siempre que en Norma se hallaban resumidas todas las características de una ascendencia española y, más concretamente, sevillana o cordobesa.

En lo que realmente no existía una diferencia apreciable era en las condiciones morales que las caracterizaban, y semejante espíritu de sacrificio, de lealtad a su propia estimación, las hacía aparecer como hojas de un mismo árbol o chorros de un mismo manantial.

Lo extraordinario de su encuentro habíalas unido aún más, si es que esto era posible, y juntas se hallaban preparadas para enfrentarse a un Destino incierto cuyo límite no les era posible determinar.

Hasta ahora, y una vez que su permanencia en las inmediaciones del puerto militar de Cheribon, en el hospital japonés, se había convertido en cosa irremediable, su vida transcurría sin incidentes, Fanny, hecha ya a la idea de la desaparición de su esposo, mejor dicho, a su muerte, procuraba mantener levantada la bandera de su propia alma, segura de que ningún lenitivo sería más eficaz a su espíritu que el cumplimiento de sus deberes humanitarios y profesionales le otorgaba. Físicamente, sí, se encontraba agotada por un trabajo abrumador que la mantenía en un constante alerta y continuo sobresalto. Por eso, al entrar en su reducido tabuco, se dejó caer pesadamente junto a su hermana, en el lecho común, de hojas secas de güiro que, al recibirla, produjo un sonido muelle y extraño de hojarasca removida.

Norma, incorporándose en un codo, besó la frente de Fanny

antes de hablar:

—Cansada, ¿verdad?

Fanny, con los ojos cerrados, movió lentamente la cabeza en sentido negativo, para responder al fin, dejando escapar un débil suspiro:

—¡Agotada!

—Lo siento. Yo, en cambio, me encuentro muy bien, y desearía comenzar a prestarte mi ayuda esta misma noche. —Y como si se propusiera dar una prueba de la verdad de sus afirmaciones, se levantó, saltando sobre el cuerpo flácido de la doctora, diciendo—: Duerme tú ahora, hermanita. Te llamaré con tiempo suficiente.

No hubiera sido necesaria semejante recomendación. Fanny Bessel, dormía casi desde el momento en que se dejó caer al lado de Norma. Su pelo dorado protegía aquella faz extenuada y descolorida por las prolongadas vigalias.

Norma se detuvo durante unos minutos ante el pequeño espejo que, colgado en la pared de cañas, construía, junto con un peine desdentado, todo el ajuar de tocador disponible. Luego se dirigió hacia la puerta del *bungalow*, ansiosa de respirar un poco de aquel aire siempre ardiente y, al mismo tiempo, húmedo, pero impregnado de mil aromas placenteros que deleitaban sus sentidos envolviéndote el ansia de vivir y la esperanza de alcanzar, en un mañana próximo, la perdida y por eso mucho más anhelada libertad.

Se sorprendió al no hallar junto a la puerta a la servicial Tujima, la indígena que desde hacía un mes, a la llegada de su hermana, vino a vivir entre ellas, buscando un afecto que en ningún otro sitio hubiera podido encontrar.

Involuntariamente se acordó de Hans Schacht. El alemán había venido a visitarla en dos o tres ocasiones durante su enfermedad, pero desde que Fanny declaró hallarla fuera de peligro, no se dejó ver por el *bungalow*.

Norma se detuvo en el umbral, y de manera recelosa escudriñó los alrededores. Experimentaba un vago presentimiento, de algo inexplicable. A Tujima parecía habérsela tragado la tierra. Desechó al fin su inquietud, y avanzó hasta el grupo de bananeros que sombreaba un buen espacio del ancho vergel que la pródiga Naturaleza tenía extendido ante ella, de una belleza salvaje, muy

superior a la que la mano del más hábil jardinero le hubiese podido imprimir.

Respirando a pleno pulmón deslizóse con pereza de felino hasta donde daba comienzo aquella lujuriosa vegetación, entre la que revoloteaban centenares de mariposas de los más variados colores. Iba a tomar asiento en el tronco abatido de una gigantesca teca, cuando oyó que la llamaban por su nombre.

Norma, cuyo corazón casi se había paralizado, como si un presagio funesto hubiese hecho disminuir la velocidad de la sangre dentro de sus venas, volvió el rostro hacia el punto de donde habíale llegado la voz, y sus ojos se detuvieron recelosos en la figura un tanto contrahecha de Hans Schacht, que, a pocos pasos, la estaba contemplando con la espalda apoyada en uno de los bananeros. La joven se rehízo pronto, sin embargo, de su sorpresa, e incorporándose, se dispuso a volver al *bungalow*. El alemán se cruzó en su camino, para evitarlo.

—Espere un momento, Norma. Tengo que hablar con usted —le dijo.

La muchacha experimentó un ligero estremecimiento al ver como aquel rostro desagradable se aproximaba a ella, mientras unos ojos de color verde turbio se clavaban en los suyos. Las pupilas del alemán poseían en esta ocasión una fosforescencia diabólica. Norma, incapaz de sostener aquella mirada, igual que una llama, entornó los párpados para no verla, al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Qué desea, señor Schacht? El médico alemán se detuvo a un palmo de ella, antes de responder con estudiada afabilidad:

—He querido interesarme personalmente por usted, Norma. En el hospital se la echa muy de menos. Sobre todo, yo —agregó, luego de una corta pausa y aproximando algo más el rostro al de la joven.

Norma retrocedió por instinto, y, levantando la cabeza, repuso, más serena ya:

—Le agradezco esa inclinación a ocuparse de todo lo que conmigo se relaciona, pero le ruego no intente repetir ciertas escenas pasadas, y se ahorre así un tiempo que le puede ser muy necesario para ocuparse de otros asuntos, relativos a su cargo y a su profesión, señor Schacht.

—Veo que se empeña en seguir siendo la misma persona arisca

de siempre, amiga mía —respondió, sin inmutarse—. Por lo visto, olvida que aquí no hay otro hombre blanco que yo.

—No sé dónde quiere ir a parar, ni me importa —dijo ella, volviéndole la espalda e intentando alejarse—. Hoy mismo volveré al trabajo en compañía de mi hermana. Buenas tardes, señor Schacht.

El alemán la retuvo por un brazo.

—Sobre eso quería hablarle, precisamente. —Y atrayéndola con fuerza, agregó—: La doctora Bessel se basta, por sí sola para atender a los enfermos.

Hans Schacht esbozó una sonrisa que era una amenaza, antes de manifestar:

—Usted me acompañará a Weltevreden, y le aconsejo que abandone esa tesitura. Aquí mando yo, y mi voluntad es inapelable.

—¿Puede saber qué es lo que se propone? —indago Norma, en un arranque de fiera.

El alemán la contempló con deleite durante unos segundos, y al fin dijo, con gelatinoso arrumaco:

—Vendrán a recogerla esta misma tarde. Es usted la única mujer de mi raza por la que me intereso. Ya estoy cansado de vivir solo en este infierno verde. Quiero que su hermosura haga más llevadero mi destierro. Puedo obligarla, doblegando su orgullo —subrayó, a un gesto de repugnancia de ella—, pero será mejor para usted si se muestra menos inaccesible.

—¡Es un ser despreciable! —exclamó Norma, separándose rápidamente de él y tomando el camino del *bungalow*.

El alemán le gritó al verla alejarse, sin abandonar su descarada sonrisa:

—¡No lo olvide! Esta misma tarde.

* * *

Cuando llegó a la enserada del *bungalow*, descubrió a Tujima, que, acurrucada junto a la puerta, parecía querer esquivarla.

—¿Por qué no me has advertido su presencia? —le chilló.

—El amenazar. El querer verte a ti —se excusó, temblorosa, la indígena.

Norma penetró en la pieza donde Fanny seguía entregada al

sueño. Su primer impulso fue despertarla y ponerla al corriente de la nueva situación planteada por las viscosas pretensiones del alemán, pero se contuvo. En su alma acababan de brotar con fuerza arrolladora las reminiscencias raciales a que Fanny se había referido tantas veces. El espíritu indomable, bravío y orgulloso de sus antepasados, tomó cuerpo ahora en ella, dándole vigor para afrontar sin vacilaciones ni desfallecimientos los episodios que pudiesen sobrevenirle, por duros y difíciles que fueran.

Con paso breve, pero seguro, se aproximó a una vieja arca, y, levantando la tapa, extrajo de ella un «kris» de regulares dimensiones. Luego, sin demasiado apresuramiento, comenzó a recoger los efectos y ropas de uso personal, tanto suyas como de su hermana. Sin detenerse gran cosa a ordenarles, los fue introduciendo en un talego militar, el mismo que Fanny llevaba consigo a su llegada a la isla de las especias.

Después, hizo entrar a Tujima, y, sin preámbulos, le habló de esta manera:

—Sal y comprueba si ya se fue el señor Schacht.

—Sí, ama —se apresuró a responder la indígena—. Yo vi cómo alejarse hacia hospital.

—Está bien —insistió la muchacha blanca—. De todas formas, vigila, por si hubiese otros japoneses en los alrededores.

—¿Qué piensas hacer, ama? —Se detuvo aun a preguntar Tujima.

—Nos vamos. Ahora, obedece —replicó, sin dejar espacio a la protesta.

Acababa de tomar la arriesgada determinación de huir de allí, sin detenerse a calibrar las consecuencias de semejante medida, y dispuesta a enfrentarse con su propia hermana, en el caso improbable de que Fanny tuviese algo que objetar.

Cuando terminó de acomodarlo todo en el interior del talego, se aproximó a una de las ventanas abiertas en la pared de cañas, sorprendida, tal vez, por lo que consideraba una excesiva tardanza de Tujima. Levantó la persiana, y, en el momento en que iba a tocar con la frente el marco irregular de la pequeña lumbreira, un rostro tostado y ancho, como el mascarón de proa de una vieja fragata, se interpuso entre sus ojos y el paisaje vegetal que desde allí se distinguía. Fue tan inesperado, tan extraordinario el suceso, y tan

formidable el aspecto del aparecido, que Norma no pudo reprimir un grito de involuntario y repentino temor.

* * *

El chillido lanzado por su hermana hizo que Fanny se despertase sobresaltada, no obstante lo profundo de su letargo. Vio como Norma venía hacia ella, asustada aun, y la recibió en sus brazos, diciendo:

—¿Qué ocurre? —Y al observar el desorden en que todo se encentraba, agregó—: ¿Qué significa esto?

La temblorosa e impresionada muchacha apenas si acertó a balbucir, sin apartar los ojos del ventanuco:

—Estamos cercadas, Fanny. Quieren separarnos, y hay hombres horribles que vigilan en torno a esta maldita choza. —Y sacando el «kris» que ocultaba bajo la blusa, continuó, más osada ahora—: ¡Tendrán que matarnos!

Fanny la contempló sin adivinar la causa de semejante excitación, y, obligándola a que la mirase de frente, volvió a interrogarla:

—¿Vas a decirme de una vez lo que te sucede, o he de pensar que te has vuelto loca?

Con palabra entrecortada, Norma le refirió todo lo que había acontecido, desde su entrevista con el alemán hasta la aparición del rostro que tan honda huella acababa de dejar en su ánimo, e incluso hizo memoria de las procacidades que antes de la llegada de Fanny hubo de soportar cada vez que Hans Schacht la sometía a uno de sus odiosos e impertinentes asedios.

La doctora paseó unos momentos a lo largo de la habitación. Las revelaciones que Norma terminaba de hacerle sin llegar a sorprenderla, puesto que de sus aprehensores todo lo temía, la obligaban a meditar seriamente, ya que de este modo, la situación de ambas tomaba un giro de consecuencias imprevisibles, pero que de una u otra forma, se hacía necesario evitar. Al fin se detuvo para encararse con la muchacha, que permanecía a la expectativa, teniendo el «kris» en una mano y la espalda apoyada en la puerta.

—Puede que tengas razón —le dijo—. Vamos a marcharnos de aquí antes de que vuelvan. Yo misma lo habría propuesto ya si tú

hubieses estado en condiciones de seguirme.

—Puede que sea demasiado tarde para intentarlo —adujo Norma.

Tujima llegó en este instante, y luego de percatarse del desorden y de los preparativos de marcha, repuso a las preguntas que se le hacían:

—No haber nadie. Pero... hombre blanco enviará soldados.

—¿Cómo lo sabes? —indagó la doctora.

—El no ser tonto, y sospechar que vosotras querer huir —pronosticó la joven indígena, que parecía haberse olvidado de masticar el repugnante buyo.

—Lo intentaremos, a pesar de todo —se violentó Fanny, que dispuso, dirigiéndose a su hermana—: Yo saldré delante, acompañada por Tujima. Si no hay novedad, nos sigues tan pronto como hayamos alcanzado la espesura.

Las dos mujeres se abrazaron, y Fanny se dirigió resueltamente a la salida; pero, en el momento de ir a franquear la puerta, una voz bronca, de alguien que se expresaba en correcto inglés, habló a sus espaldas:

—No salgan. —Las tres mujeres quedaron paralizadas por la sorpresa, hasta que el desconocido indicó—: Mírenme sin temor. No soy lo que aparento, y hemos venido a liberarlas de las sucias uñas de estos brutos.

Ni que decir hay que durante un buen rato permanecieron absortas en la contemplación de aquella montaña de músculos tostados que mostraba una risa franca y abierta, que les hizo olvidar un poco el terror natural inherente a tan portentosa como inesperada aparición. Fue la doctora quien dijo al fin, completamente tranquila, aunque no supiese a qué atribuir aquella serenidad que la había invadido de pronto:

—¿Puedo preguntar a quién debemos agradecer estas palabras tan alentadoras?

El hombre hinchó su ancho tórax de cíclope antes de replicar, teniendo siempre libre el torrente de su jovial sonrisa:

—Sargento Mac Douglas, del Departamento Especial de «Comandos».

—¿Y ha venido de esa manera sólo para buscarnos? ¿Nos conoce, tal vez? —acabó inquiriendo Norma.

—Me acompañan dos hombres —hizo saber el sargento—. Uno de ellos es el capitán Víctor Lawrence, del Departamento también. El otro... Bueno, el otro... Será mejor que me sigan. Creo que en este lugar estamos perdiendo demasiado tiempo, y quién sabe si nos va a ser muy necesario.

Fanny y Norma no podían disimular su júbilo. Ni siquiera se detuvieron a pensar cuán poca cosa significaba una ayuda tan precaria en un país totalmente invadido y dominado por enemigos. La circunstancia de poder hablar con alguien que se manifestaba y sentía en hombre blanco, amigo por añadidura, hizo que sus movimientos fueran torpes, tanto, que ni a tomar el talego acertaban.

Tujima era quien únicamente sentía una gran impresión de vacío en su alma al ver llegado el momento de separarse de aquellos dos seres a los que se había entregado por completo a cambio de un poco de afecto verdadero. Sin decir nada, como un perro que de pronto se ve repudiado por su propio dueño, se dispuso a abandonar el *bungalow*, luego de haber tomado un cesto de palma en el que guardaba sus míseras prendas.

Pero en el mismo instante en que abría la puerta, un grito ahogado se escapó de su garganta. Por el fondo del jardín selvático y frondoso, acababa de aparecer una patrulla japonesa.

La excitación de Tujima contuvo a los que ya se disponían a salir, salvando la parte trasera de la vivienda. Mac Douglas, que se había apoderado del talego y aupaba a Norma para que se descolgase, dejó nuevamente el saco sobre el entarimado, y blandiendo el machete que colgaba de su cadera, se aproximó a la ventana, a través de cuya persiana de cañas se puso a examinar a los que llegaban.

Serían hasta una docena, al mando de un oficial. Como si ya estuvieran bien impuestos de su cometido, se desplegaron rápidamente, tomando posiciones en torno al *bungalow*, hacia el que se encaminó despacio, haciéndose acompañar por un soldado, el que los mandaba.

Mac Douglas llevó el saco bajo el camastro, en tanto que las mujeres ponían en orden los enseres y procuraban adoptar un aire indiferente. El sargento se ocultó tras el biombo que separaba la yacija de Tujima del resto de la estancia, y apenas había tenido

tiempo de hacerlo, cuando la puerta se abrió para dar paso al oficial japonés.

Fue una entrada premiosa y poco tranquilizadora. El hombre que lo seguía quedó junto a la puerta, con el fusil tendido hacia adelante, en tanto que el jefe se aproximaba a las mujeres, con los dedos pulgares entre la guerrera y el cinturón, del que pendía una automática. Con una sonrisa enigmática las estuvo contemplando el tiempo justo para obligarlas a perder el control de sus nervios y, luego, sentándose al borde del lecho, dijo de manera untuosa:

—El comandante Schacht la necesita, señora Bessel. Tendrá que acompañarme.

—No recuerdo haber dejado pendiente ningún caso que merezca una visita extraordinaria —replicó Fanny, procurando dar a su voz un tono normal—. Aún faltan tres horas para que vuelva a hacerme cargo del servicio.

El japonés hizo un gesto con el que pareció querer explicar los numerosos imponderables que a veces rondan para oponerse a nuestros propósitos.

—En efecto, señora Bessel —respondió—. Pero hace quince minutos hemos recibido un nuevo envío de presuntos enfermos, y no tendrá otro remedio que dar su autorizada y valiosa opinión sobre cada caso.

Instintivamente, la doctora levantó los ojos hasta el borde superior del biombo. Desde allí, el sargento le hacía señas para que asintiera. Supuso que una razón poderosa era la que inspiraba a Mac Douglas semejante determinación, y adoptando un continente resuelto, tomó el maletín en el que guardaba los instrumentos profesionales, y, dirigiéndose a Norma, le dijo:

—Prepárate, querida. Hoy tenemos jornada intensiva, por lo visto.

El oficial se puso entonces en pie para puntualizar sus órdenes, aunque sin que de sus labios desapareciera la gelatinosa sonrisa.

—No, no. La señorita permanecerá aquí. El comandante no desea exponerla a una recaída. Bastará que venga usted sola, señora Bessel.

Iba Fanny a mirar de nuevo hacia el sitio que servía de escondite al sargento, en busca de nueva inspiración, cuando le vio caer como un gato sobre el japonés que había quedado cerca de la puerta,

derribándolo por medio de un golpe tremendo de antebrazo.

El oficial no tuvo tiempo de reaccionar para proveerlo. Cuando intentó volverse ya estaba Mac Douglas apuntándole con el fusil del soldado y le decía en japonés, en un tono que no dejaba lugar a la replica:

—Vuélvete de espaldas.

Obedeció el oficial, impresionado no sólo por la sorpresa sino por el aspecto formidable del que le amenazaba. El sargento le arrebató entonces la pistola, y hundiéndosela en los riñones le empujó hasta la ventana. Una vez allí, ordenó, señalando a la parte de afuera:

—Di a tus hombres que se retiren, y digan al comandante que todo está resuelto favorablemente. —Y como el otro guardara silencio, añadió con brusquedad—: Vamos, pronto.

El oficial se mantuvo impasible, sin aproximar el rostro a la ventana y mostrando imperturbable la fría sonrisa. Pero, por fortuna para Fanny Bessel y su hermana, Mac Douglas, del M. I. 5, no era un hombre blando a la hora de tomar resoluciones heroicas. Disparar significaba atraer sobre ellos a los soldados, y comprendió que el japonés no le obedecería bajo la amenaza de la pistola.

Entonces sobrevino lo que habría dejado estupefacto al más famoso luchador de *jiu-jitsu*. Haciendo un movimiento rápido alcanzó uno de los pies de su antagonista y lo elevó de modo que le tocara la cintura, todo con una mano, en tanto que la otra lo atenazaba por el cuello de la guerrera. Una vez así, mostrando una risa feroz, que dejaba al descubierto sus dientes blancos, parejos y fuertes, exclamó al oído de su presunta víctima:

—¿Quieres quedar cojo para toda tu vida?

Y como el otro continuase mudo, agregó:

—Yo te haré hablar como si fueses una cotorra.

Las mandíbulas del japonés se contrajeron cuando Mac Douglas inició la torsión del pie, lenta pero implacable. Durante medio minuto el oficial se mantuvo firme, hasta que un débil chasquido, precursor de la inmediata rotura de los huesos del tarso, le obligó a una mueca dolorosa y a proferir entre labios:

—¡Basta!

—Eso está mejor —celebró el sargento, aflojando el torniquete—. Ahora, a ver si eres buen chico y cumples lo que se te ordena.

No tuvo necesidad de insistir. Sometido a la vigilancia de Mac Douglas, el japonés gritó en su idioma las órdenes necesarias. Los hombres, no sin mostrar en un principio alguna reserva por lo extraño del caso, se fueron agrupando frente al *bungalow* y, formados en pelotón, se alejaron definitivamente.

Pero el oficial no pudo ver cómo los ocultaban los gruesos troncos de las palmeras, los bananeros y los tecks. En el instante en que sus soldados rompían la marcha, algo contundente, con la violencia de una viga de acero que se hubiese derrumbado, cayó sobre su cabeza transportándolo en pocos segundos al Nirvana, ese estado de perfección suprema del alma en el que esta no tiene deseos ni pensamientos, según la metafísica budista.

El sargento, después de haber descargado el puño en las sienes del oficial, se apresuró a amordazarlo, lo mismo que al otro, valiéndose de las sábanas que las mujeres le facilitaron y de las vendas con que los japoneses protegían sus pantorrillas.

Luego, sin comentarios, las invitó a seguirle, no sin antes haberse apoderado de las pistolas automáticas de los yacentes nipones.

—¡Vamos! —instó Fanny a Tujima, una vez que ellos estuvieron fuera del *bungalow*.

La joven indígena, en cuyas pupilas brillaba el llanto que la separación hacía brotar, replicó:

—No, ama. Yo quedar aquí.

—Te matarán —apremió la doctora.

—Eso harían con mi familia, si al volver no encontrar a Tujima —se expresó la muchacha.

—Déjela que se suicide, si es ése su gusto. Nosotros no podemos perder un minuto —se impacientó el sargento.

Fanny, desde abajo, estrechó la mano de la joven, y, retirando la suya cuando aquélla trató de besarla, le dijo:

—Nunca te olvidaré, Tujima. Que Dios te proteja.

* * *

Durante un corto espacio caminaron a través de la espesura sin que ningún ruido extraño delatara la presencia de otras personas. De pronto, Fanny se detuvo como si sus pies hubiesen sido clavados

a la tierra. Acababa de oír pronunciar su nombre a pocos pasos, por una voz entrañable y bien conocida...

—¡Fanny! —repitió la voz masculina.

La doctora se giró entonces hacia el lugar desde el que la llamaban, y quedó suspensa. Frente a ella, se movían avanzando dos hombres de catadura semejante a la del sargento, portadores de sendas ametralladoras, que no armonizaban con lo risueño de sus semblantes cobrizos, y revueltas pelambreras.

Hasta que no los tuvo muy cerca, y uno de ellos se arrancó la negra peluca, Fanny Bessel permaneció atenta al prodigio que su corazón le anunciaba. Luego, extendiendo los brazos, corrió hacia él, al mismo tiempo que de su garganta se escapaba este grito jubiloso:

—¡Ricardo!

CAPÍTULO X

El paraíso javanés mostraba su incomparable belleza en aquella mañana de incipiente primavera. Las higueras banianos, árboles que poseen la particular condición de reproducirse invadiéndolo todo, de convertir sus ramas en otros tantos árboles con raíces propias, que originan a su vez nuevos brotes, tejían una inmensa bóveda vegetal. Bajo ella, se elevaban en pos de la luz solar juncos floridos y matas de orquídeas de formas intrépidas, con apariencia de monstruosos parásitos.

La selva abría sus fauces enormes en la médula espinal de la isla de Java, formada por una cordillera que coronan majestuosos volcanes, de Este a Oeste, cruzándola de manera ininterrumpida.

Todo era allí solemne, con esa magnificencia indescriptible que la naturaleza presenta en su estado primitivo. Los senderos, en esta parte de la isla, casi inexplorada, lejos de existir se mostraban como impracticables, a causa de lo apretado y profundo de la vegetación, revoltijos de lianas iguales a reptiles, entrecruzados y adormecidos, cerraban el paso incluso a las alimañas.

A pesar de todo, un grupo de personas, compuesto por dos mujeres y tres hombres, luchaba con denuedo, resuelto a abrirse camino.

Una semana hacía que Fanny Bessel, su hermana y su esposo, junto a Víctor Lawrence y Mac Douglas, se hallaban oprimidos en aquel caos de vegetación impenetrable, siempre alerta, en condiciones de rechazar el asalto de hombres y de fieras.

Caminaban en fila india, y era el sargento el encargado de abrir brecha. Su poderoso brazo, armado con el machete, descargaba tajos terribles que abatían las enmarañadas redes de lianas y ramajes.

En la selva, la obscuridad precede en mucho a la caída del astro rey. Por eso las únicas horas aprovechables para la marcha eran aquéllas durante las cuales el sol cae de plano sobre la inmensa envoltura vegetal, taladrando los mil resquicios que entre sí dejan, cubriéndose unos a otros, las ramas y las hojas de los árboles.

Víctor Lawrence hizo una señal a sus compañeros y, a poco, descansaban todos, tumbados en lechos naturales de hojarasca, sobre la que previamente el sargento había administrado una buena cantidad de golpes a fin de ahuyentar o descubrir a los reptiles que pudieran ocultarse.

El capitán se acomodó junto a Norma. Había comenzado a experimentar por ella una irresistible propensión, pero el goce que el diálogo con la hermosa joven se prometía, quedó frustrado ante la repentina exaltación de Ricardo Bessel.

—¿Qué ocurre, doctor? —preguntó el «comando», incorporándose cuando apenas llevaban cinco minutos entregados al reposo que sus músculos relajados les exigían de manera imperiosa.

—No sé, Es como un vago malestar, un augurio de peligro que acecha. ¿Acaso no se dan cuenta de que algo súbito se ha producido?

Fue Norma la primera en hablar luego del corto silencio que las palabras de Ricardo Bessel habían impuesto.

—Ha cesado de repente el fragor de la selva —dijo.

—Es verdad —convino Fanny—. Ya no se escucha el canto de las aves ni el grito ensordecedor de los monos.

—Tienen razón —admitió el capitán—. Confieso que no me gusta nada esta calma, y será conveniente permanecer alerta.

De improviso, un alarido formidable, como si la garganta que lo acababa de producir estuviese forrada de aluminio, se dejó escuchar, y sus ecos se esparcieron por todos los ámbitos. De un salto, Lawrence se apoderó de una de las «Thompson», y encarándose con el doctor y el sargento, les ordenó en un tono que no admitía vacilaciones:

—Hemos de alcanzar un punto elevado sobre las ramas de los árboles. Ayuden a las mujeres a conseguirlo, y tengan dispuestas las armas.

—¿Qué supone que sea, capitán? —No pudo reprimirse Norma.

—Estuve una vez en Borneo, y aprendí a distinguir lo que es un orangután. Suban ahora, por favor.

Los hercúleos brazos de Mac Douglas no tardaron en ponerse en acción, y en menos de dos minutos todos se hallaban encaramados sobre el elevado tronco de una higuera, y sostenidos por el cruce de tres gruesas ramas.

El doctor Bessel empuñaba la ametralladora, mientras el sargento tenía en cada mano uno de los revólveres que en el *bungalow* arrebató a los japoneses.

Las miradas de los cinco iban de una a otra parte, espiando la aparición del fabuloso simio cuya proximidad acababa de anunciarles el capitán de «comandos».

—¿Cree que nos atacará? —balbució, apagadamente. Fanny.

—No espero que tenga ocasión de hacerlo —se limitó a decir Lawrence, cuyos ojos taladraban la espesura.

—¿Qué quiere decir? —Se determinó a preguntar Norma.

—Me parece adivinar su pensamiento —habló el doctor anticipándose a la respuesta del capitán—. Supone que otro enemigo más poderoso espera en la sombra para atacarle, ¿no es cierto?



—Efectivamente —convino el capitán, quien, sin abandonar su atenta observación, añadió—: imagino que nos hallamos a punto de presenciar uno de los más espantosos y sangrientos combates que entre los habitantes de la selva se pueden producir.

—La pantera negra, ¿verdad? —insinuó Ricardo Bessel.

—Silencio —musitó Lawrence, levantando el arma como elemental medida de precaución—. Ya lo tenemos ahí.

En efecto. Surgiendo de entre los bastidores naturales formados por el tupido celaje de las apretadas plantas, hizo su aparición un animal cuadrumano, de proporciones gigantescas, de casi dos metros de altura y realmente antropomorfo, es decir, de un parecido

asombroso con el hombre. Sus brazos eran poderosos y largos, hasta tocar el suelo con unas manos enormes, peludas, cuyos dedos semejaban tenazas: Las piernas resultaban algo cortas quizá, comparadas con el tronco, robusto y muy desarrollado. La cabeza, bien proporcionada, mostraba una boca grande, de labios linos y entreabiertos que dejaban ver dos filas de dientes impresionantes por lo grandes, desiguales y renegridos, como si también tuviese por costumbre el uso del betel. Los ojos, muy redondos, poseían una vivacidad humana, en tanto que las orejas, de extraordinarias dimensiones, se mantenían enhiestas, como si a ello le obligase la necesidad de percibir cualquier rumor, aun el más insignificante, tras del que pudiera esconderse una acechanza, un peligro inminente.

Sus movimientos eran pausados y, a cada paso, olfateaba el aire, girando sobre sí mismo y teniendo buen cuidado de no dar la espalda a un mismo sitio durante más de diez segundos.

Los «comandos» y sus compañeros contuvieron el aliento al verlo aparecer, pero, cuando se detuvo en el claro que al pie del árbol ocupado por ellos se abría, su rigidez se hizo absoluta, como si la facultad de moverse le hubiera faltado de repente.

De pronto, el animal elevó su mirada hacia el puesto en que se encontraban, pero sus observadores quedaron sorprendidos al comprobar que no le merecían mayor interés. Fueron sólo unos instantes los que posó la vista en ellos, fracción de tiempo que a las mujeres se les antojó una eternidad, pero, resueltamente, otros sucesos más importantes le preocupaban, ya que volvió de manera inmediata a su actitud cautelosa y a la observación de lo que en torno suyo existía.

Sin abandonar su postura defensiva, Víctor Lawrence dijo entre dientes, con mínima voz:

—Es un magnífico ejemplar de orangután, más propio de Sumatra o Borneo que de Java.

—No parece que se haya sorprendido mucho al vernos —se atrevió a susurrar la doctora.

—Espera un ataque y, a su enemigo próximo, lo considera de más cuidado que a nosotros —repuso el capitán.

—Yo no veo nada —comentó Mac Douglas.

—Ni yo —abundó Norma.

—Pero él sabe que se acerca —medió Ricardo Bessel—. He oído hablar alguna vez de estas luchas espeluznantes.

—¿Pueden informarnos de una vez de qué se trata? —Se impacientó Fanny, cuyo rostro aparecía muy pálido a la tenue claridad que les llegaba de lo alto.

—La pantera negra de Java —declaró al fin Lawrence—. Un adversario digno de su talla.

—¡Chis! —Impuso silencio el doctor Bessel—. Creo que el momento se aproxima.

El orangután se había recogido sobre sí mismo, y agitaba los brazos como si fuesen aspas de molino. De repente, golpeándose el pecho, lanzó un fuerte alarido, a modo de reto a su enemigo invisible. Luego, quedó de espaldas a la higuera ocupada por los atónitos espectadores de la impresionante escena.

Nadie le contestó. El silencio seguía manteniéndose en toda la amplitud de la selva, pero, poco a poco, se dejó oír algo así como una ráfaga violenta que agitó las hojas de los árboles, y una mancha oscura cruzó el espacio describiendo una parábola perfecta antes de ir a caer sobre los anchos hombros del orangután.

Lo formidable del golpe hizo que los dos animales rodaran por el suelo vegetal, produciendo un fragor pavoroso. Durante unos minutos quedaron enlazados, formando un solo cuerpo rugidor y jadeante. A cada voltereta, dos puntos de color esmeralda, fúlgidos como brasas, lanzaban sus destellos cegadores.

La pantera negra de Java, el más formidable y sanguinario de todos los carnívoros, pugnaba por clavar sus dientes o sus afiladas garras en el cuello de su enemigo. Pero el orangután, valiéndose de la longitud y del fantástico poder de sus robustos brazos, la mantenía alejada de sí, aunque no le era posible evitar los zarpazos de la fiera sobre su pecho amplio, en el que la sangre había comenzado a resbalar de manera abundante.

A pesar de todo no soltaba el cuello de la pantera. Probablemente tenía ya calculado su sistema defensivo, y no ignoraba que soltarla era darle una oportunidad de arremeter de nuevo con más fortuna. Por eso, siguió haciendo presión sobre aquella garganta potentísima, tal vez con la idea de estrangularla.

Al cabo de un buen rato de presionar inútilmente, retiró una de sus manos, y, sosteniendo a la fiera con la otra, golpeó fuertemente

la cabeza de su enemigo con el puño y el poderoso antebrazo, pero, aunque les golpes resonaron como si hubieran sido aplicados con un mazo de plomo, la pantera no pareció sentirse afectada. Por el contrario. En un esfuerzo supremo logró desasirse de su aprehensor, y de un salto inverosímil se puso fuera de su alcance.

El orangután perdía sangre en abundancia, más se dispuso a hacer frente a la próxima embestida, que no tardó en producirse.

El felino, tras de encaramarse a una de las ramas de la higuera baniano, se arrojó de nuevo sobre su adversario, dispuesto a liquidar cuanto antes la contienda.

Esta vez, el orangután hurtó el cuerpo evitando el encuentro, y, antes de que la pantera pudiese recuperar el terreno perdido, ya había caído sobre ella, oprimiéndola con todo el peso de su cuerpo.

Los ojos de la fiera fulguraban con el brillo de la desesperación. Las fauces abiertas mostraban sus dientes terribles, agudos como la punta de un afilado puñal.

Desesperadamente trató de volverse hacia arriba, pero, antes de que pudiese lograr su propósito, el cuadrúmano asió las quijadas, una en cada mano, y, accionando en sentido contrario el poder tremendo de la musculatura de sus brazos, apretó con ahínco para desquijararla.

Las zarpas de la fiera golpearon una y otra vez sobre el pecho y el vientre del orangután, llevándose entre las garras sangrantes trozos de carne macerada.

De repente se dejó oír un chasquido, y la boca de la fiera quedó abierta, con la mandíbula inferior colgante, inútil para el ataque o la defensa. Sus movimientos cesaron y, a poco, quedó completamente rígida, inerte.

El aspecto del gigante, al incorporarse, era también pavoroso, y puede que basta digno de lástima. Una docena de heridas, horribles y espantosamente sangrientas, jalonaban su cuerpo ciclópeo. Se tambaleó durante unos minutos en torno a su vencida víctima, y en un paroxismo salvaje se golpeó el pecho desgarrado, al mismo tiempo que de su garganta brotaba aquel grito agudo, horrisono, que resonó ahora como un canto de victoria. Después, vacilando, fue hacia la fronda, y no tardó en desaparecer a la vista de los que desde lo alto de la higuera baniano habían sido mudos y perplejos testigos de tan apocalíptico encuentro.

El primero en dar su opinión fue el sargento Mac Douglas, para quien los espectáculos de esta naturaleza eran algo así como el «no más allá» de las emociones fuertes.

—Si es cierto que el hombre desciende del mono —dijo—, me siento orgulloso de ser hombre, aunque en esta ocasión —agregó con un guiño—, al menos por lo que a nosotros se refiere, de donde hemos de descender es del árbol —y explotó en una carcajada.

—Creo que no lo olvidaré nunca —se expresó Fanny Bessel, limpiándose el sudor que bañaba su rostro.

—Sospecho que aún nos veremos obligados a actuar —anunció el capitán, que no había separado sus miradas de la pantera—. Vean cómo aun respira y se mueve.

En efecto, el animal hacía esfuerzos inauditos para, incorporarse, y sus ojos despedían una luz asesina. Cuando al fin logró sostenerse sobre las cuatro patas, su apariencia resultaba más espantosa, si cabe, que antes del combate.

No parecía estar dispuesta a abandonar el campo sino que, por el contrario, al escuchar el murmullo de la conversación, levanto su desfigurada cabeza para examinar a los que la observaban.

La visión de su deformidad era hasta tal punto repulsiva, que el capitán, deseando liberar de él a las mujeres, apretó el percutor de la «Thompson» y una rociada de balas taladró la hermosa piel negra, enrojecida en su mayor parte con la sangre del orangután y la de la misma fiera.

Cuando al fin se vieron en tierra, el doctor Bessel hubo de tomar a su esposa entre los brazos, para evitar que se derrumbase. El cúmulo de emociones, y las calamidades pasadas, habían hecho mella en su robusta naturaleza. Fue necesario depositarla en el suelo. Norma se arrodilló a su lado, para decirle:

—Ten valor, Fanny.

—No puedo más —repuso la doctora, con un hilo de voz—. Me angustia tanta desolación, tanta muerte como nos rodea.

—Esto pasará, querida —pretendió animarla su esposo.

—Ya lo sé —convino ella, cada vez más débil—. La pesadilla tiene que desvanecerse... La muerte es cosa inmediata, de hoy... La vida, en cambio, empezará mañana... ¡mañana!...

Y se desvaneció.

CAPÍTULO XI

Dos días después de los acontecimientos descritas, y una vez que Fanny Bessel hubo recuperado gran parte de sus fuerzas, los cinco miembros de la más original expedición de «comandos», que nunca fue enviada a punto alguno, prosiguió su marcha en dirección al campo de prisioneros de Samarang.

La selva aparecía menos espesa, y no tardaron en divisar campos labrados, plantaciones de arroz en forma escalonada, que ascendían por las laderas de las colinas dando al paisaje la apariencia de un anfiteatro inmenso.

Los expedicionarios, no obstante el desaliento que los embargaba y ensombrecía, a causa del fracaso de su principal misión, aunque éste se debiera a razones imponderables, sintieron renacer el optimismo en sus corazones a la contemplación de aquellas nuevas tierras que abrían un paréntesis en la monótona sinfonía vegetal que hasta aquel instante les había envuelto como un sudario de verdor.

Nueve días iban transcurridos desde que abandonaron Cheribon, y si bien la espesura selvática fue un aliado, protector de la acción persecutoria de los japoneses, obligábales en cambio a una existencia primitiva, en la que sólo de la caza y de los productos de la tierra pudieron mantenerse. Al salir de este refugio natural, volvía a presentarse ante ellos la misma amenaza.

Este pensamiento fue el que obligó a Lawrence a prohibir los disparos sobre las aves, que hasta ahora fueron su alimento más nutritivo y abundante, y Mac Douglas tuvo que ingeniar para conseguir atrapar aquellos pájaros enormes, de bello plumaje, que tan sabrosos resultaban.

Habían hecho alto frente a un valle bastante ancho y poco

profundo. Tendidos en lechos de hojas frescas, departían sobre sus fracasados propósitos sanitarios, sin acertar en la formula que les permitiera llevar a cabo un trabajo para el que no contaban con los elementos necesarios. Llegaron a Java siguiendo un bien estudiado plan, convencidos de que no les resultaría difícil penetrar en los campos de prisioneros contaminados por la epidemia, y bien pertrechados de medicamentos. En la actualidad, de todo carecían y, para remate, les estaba vedado comunicar con el mundo, al derrumbarse con la traición de Staboren al tinglado del espionaje propio. La situación era realmente poco alentadora. Ni siquiera pensar en volver resultaba posible. Por eso, tras de las últimas contrariedades, la molicie se había apoderado de ellos, como si de repente se hubieran visto contagiados por la clásica indolencia de los orientales.

Llevarían gastada una hora en esta situación de espíritus contemplativos e inmotos, cuando creyeron percibir un apagado murmullo que se elevaba en torno, de conversación mantenida a muy corta distancia y en tono subrepticio.

El primero en incorporarse de un salto fue Mac Douglas, que intento ponerse en guardia empuñando la ametralladora. Los demás le imitaron, pero demasiado tarde para intentar defenderse. Alrededor de ellos, armados con sendos rifles, se hallaban hasta una veintena de indonesios, aunque a decir verdad no parecían abrigar unas intenciones peligrosamente hostiles.

Uno de los indígenas, el de más edad, avanzó nos pasos sin preocuparse por la actitud retadora de los «comandos». Con un gesto ordenó a los suyos que bajasen las armas. Luego, en idioma holandés, se expresó de esta manera:

—Hombres blancos no temer nada. Nosotros sólo atacar japoneses. Mi nombre es Linga, y ser indonesios todos.

Lawrence era el único que comprendía este lenguaje, y fue él quien se encargó de contestar:

—Gracias, Linga. Nosotros somos americanos.

—¿Haber huido de campo de prisioneros, quizá? —quiso saber el indígena.

—No —volvió a hablar el capitán—. Hemos llegado hace poco.

—¿Con qué fin? —siguió preguntando el hombre.

—Médicos —dijo Lawrence, señalándolos a todos.

—¿Vosotros, curar? —Se sorprendió el indonesio.

—Sí. Curar peste a prisioneros e isleños, pero los japoneses nos arrebataron los medicamentos.

El llamado Linga cruzó una mirada de inteligencia con sus compañeros, y luego dijo:

—Seguid a Linga y a sus hombres. Ellos proteger a los blancos. Tener aquí chozas y comida.

Víctor Lawrence explicó a los suyos el resultado de la conversación, y sin reservas optaron por seguir a los indonesios que de manera tan providencial vinieron en su ayuda.

Cuando apenas llevaban caminando un cuarto de hora, de nuevo entre la fronda, apareció ante sus ojos un extraño cuadro que los sorprendió por lo exótico. Sobre las copas de las higueras baniano se levantaban hasta una docena de viviendas volantes, a las que se ascendía por medio de escaleras de caña y lianas.

—Ser este nuestro campamento —anunció Linga—. Ahora, vosotros esperad.

Tres de sus hombres se acercaron a una choza edificada en tierra, y en ella penetraron. Al volver, eran portadores de seis grandes paquetes por cuyas envolturas reconocieron en el acto las cajas de medicamentos que el helicóptero de Filmer había venido dejando caer durante un largo período de tiempo sobre el suelo javanés. Aún permanecían mudos por el asombro, cuando, el que parecía jefe de aquella taifa de guerrilleros, habló de esta manera:

—Nosotros sorprender hace dos días convoy nipón que iba a hospital militar de Djogokarta. Dar muerte a todos.

Fanny no pudo contener su impaciencia, y sin esperar a que le fuese hecha indicación alguna para ello, comenzó a desembalar los envoltorios, ayudada por Norma, quien puso en este trabajo un ardor semejante al de su hermana.

Mientras tanto, Víctor Lawrence informó al indígena de todas las vicisitudes por las que habían pasado desde su llegada a la isla, y al concluir, el indonesio apoyó la palma de la mano en el hombro del capitán para decirle:

—Nosotros tener también radio, japonesa, pero no habla. Linga la ofrece a hombres blancos valientes y humanitarios.

Aquella misma noche, los indígenas fueron vacunados. Durante este tiempo, Lawrence y Mac Douglas, para quienes el hallazgo de la radio era el hecho más trascendental que en su vida de «comandos», les había ocurrido, se afanaban por hacer entrar en servicio el aparato.

Las llamadas en clave fueron emitidas con intervalos de un par de minutos durante mucho tiempo, pero no hubo respuesta.

Más tarde, y tras de ingerir la abundante cena ofrecida por los indonesios, la doctora Bessel tomó la palabra:

—Dios no nos ha abandonado —dijo en tono solemne—. Ahora estamos en condiciones de acometer con éxito la empresa que hasta aquí nos condujo. —Y volviéndose hacia el capitán, agregó—: Pregúntele a esos hombres qué distancia nos separa del campo de prisioneros de Samarang.

Lawrence se apresuró a interrogar a los indígenas, que no fueron remisos en su respuesta.

—Una noche de camino será suficiente —manifestó Linga—. Allí haber muchos hombres, mujeres y niños blancos. Últimamente, los japoneses concentrar más campos en Samarang. Desembarco americano en Nueva Guinea obligar a nipones a reducir fuerzas.

—¿Qué número de soldados guardan a los prisioneros? —preguntó el «comando», luego de haber traducido a sus compañeros la respuesta de Linga.

—Tal vez cien —calculó el indígena.

—¿Podríamos aproximarnos?

—Entrar también en campo —anunció, sonriente, el indonesio—. Nosotros disponer de amigos que sirven a los japoneses en beneficio de la resistencia. Contar también con refugio subterráneo bajo templo de Boelalang.

—¿Sería posible introducir la radio en ese lugar?

—Sí, poder. Nadie descubriría.

Cuando el capitán hubo informado detalladamente a sur, compañeros de lo que Linga acababa de comunicarle, una locura colectiva pareció haberse adueñado de ellos. Mac Douglas se lanzó a hacer cabriolas, en tanto que Fanny, abrazada al cuello de su esposo, daba escape a un llanto que era como la más ardiente expresión del entusiasmo que la poseía.

Norma y el capitán, obedeciendo a un impulso irresistible, se

aproximaron el uno al otro hasta quedar frente a frente, y, durante unos momentos, se contemplaron en silencio. Al cabo, la apasionada joven apoyó la cabeza en el pecho del «comando», diciéndole:

—¿Será cierto que la vida empieza mañana, capitán?

CAPÍTULO XII

El campo de prisioneros que los japoneses tenían establecido en las inmediaciones de Samarang, el puerto septentrional de Java, donde termina el ferrocarril que desde Batavia bordea la isla y cruza el espinazo de las montañas en la bifurcación de Sutabaya, a lomos de la cordillera volcánica, albergaba en el recinto de sus alambradas a la mayor parte de los europeos y americanos que al producirse la invasión fueron aprisionados en esta parte meridional de la Insulandia Holandesa.

Desde el mes de diciembre de 1942, en que se produjo el desembarco aliado en Nueva Guinea, los nipones habíanse visto obligados a una reorganización de fuerzas, y cuatro meses más tarde, cuando las tropas americanas, australianas e inglesas avanzaban de modo implacable, saltando de isla en isla, la tensión producida por las derrotas navales y terrestres se reflejaba en el trato que los acogidos en los campos de concentración recibían por parte de los japoneses.

Veinticinco mil seres de raza blanca sufrían ahora el rigor de una soberbia herida y un orgullo maltrecho por los reveses, pues, aunque el número fuese considerable, su estado de agotamiento y depauperación era tan profundo, que difícilmente podrían haberse levantado para sacudir el yugo del centenar de soldados que se ocupaban de su custodia.

Por otra parte, carecían de armas, y las enfermedades, sobre todo la epidemia de peste, habían acabado por extinguir todo aliento rebelde.

Hacinados en barracones de madera, sin asistencia médica y con alimentación flojísima, para la que no se les facilitaba otra cosa que la escudilla diaria de arroz cocida, sin otros ingredientes que el

agua y la sal, veíanse sometidos a la brutalidad de los que procuraban mantener la disciplina a que les obligaba la escasa guarnición, con una dureza que rayana en lo feroz.

Todos los servicios auxiliares del campo se hallaban en manos de los propios reclusos, y los de abastecimiento, a cargo de indígenas que los japoneses utilizaban, de grado o por una imposición no menos despiadada que la que a los prisioneros se les infligía.

Ahora bien, lo que los opresores no habían podido lograr, era hacer que menguase el espíritu o se desmoronase la fe de sus cautivos. El infortunio acrecentaba el grado de solidaridad. Era como si cada uno de ellos viviese para los demás, y todos para él.

Desaparecidos cuantos objetos personales de valor poseían, canjeados por alimentos o medicinas, no eran pocos los que a diario exponían su vida saltando las alambradas, intentando no escapar, que esto hubiera sido imposible, sino hacerse con algo extraordinario que remediara la miserable situación de sus compañeros más necesitados o enfermos.

Muchas veces, estas acciones, reveladoras de un valor sin tasa, hallaban un triste remate. Sorprendidos por sus carceleros, caían acribillados, sin que este final trágico fuese bastante a frenar el impulso de los que les imitaban y les sobrevivían.

Cierta mañana, el arribo de un coche con la insignia sanitaria en un banderín que agitaba sus pliegues al viento, sobre el guardabarros de una de las ruedas delanteras, puso en conmoción a todo el campamento, no faltando quien, por la fuerza de su deseo, supusiese que iban a ser tomadas en consideración las precarias condiciones de salubridad en que se encontraban.

El hecho se produjo en el momento en que el padre Tomas, franciscano, prisionero también, celebraba el sacrificio de la misa en uno de los pabellones, completamente abarrotado de fieles, hecho que no debe sorprender demasiado teniendo en cuenta que, aunque los japoneses prohibían toda manifestación del culto católico, tampoco tenían oportunidad de enterarse de las transgresiones a esta orden, ya que, por temor al contagio, rara vez visitaban a los prisioneros, limitándose a vigilarlos y a disparar sobre ellos a la más insignificante protesta o intento de salida a través del alambre espinoso que guardaba el recinto.

La bandera japonesa fue izada en el mástil plantado en la plazoleta que formaba el círculo de barracones, y el sol de la enseña nipona se elevó en el espacio, asaeteado por sus ocho barras convergentes.

Fue necesario interrumpir el oficio religioso para no incurrir en la cólera de los nipones. Los enfermos aun sin fuerzas para sostenerse, salieron a la explanada donde el coche se hallaba detenido. De él descendieron dos altos jefes que, con gran ceremonia, se encaminaron al pabellón destinado a oficinas. Momentos antes un oficial había penetrado en el despacho para comunicar a su jefe:

—El general Hans Schacht y el comandante Jimmu Yamagata acaban de llegar, coronel.

Como puede verse, el ascenso de los dos únicos médicos oficiales de Java había sido bastante rápido y en estos momentos patéticos en los que la estrella japonesa había comenzado a eclipsarse en el horizonte asiático, se diría que ellos gustaban de hacer alarde de su importancia y jerarquía.

Hans Schacht penetró en el despacho, y tras de corresponder levemente al saludo de los jefes del campo, preguntó sin rodeos:

—¿Cuántas personas tiene a su cargo?

—Veinticinco mil ochocientos cuarenta y dos —contestó el coronel, luego de consultar el parte diario que se le facilitaba.

—Estoy bien seguro de que no se habrá tomado la molestia de comprobarlos personalmente —fue el comentario brusco del alemán, quien agregó, sin dar tiempo al otro a que se excusara—: Ordene que todo el mundo permanezca en su puesto. He de pasar revista a los prisioneros.

—Si me permite... —comenzó a decir el coronel y director del campo.

—No temo al contagio —agregó Schacht, violento—. Haga lo que te diga.

Aunque lo único que para enfrentarse con la epidemia habían hecho los japoneses, fue proceder a la desratización, un terror espantoso les dominaba, impidiéndoles aproximarse a los barracones. Por eso, la orden del alemán produjo sensación. No obstante, era necesario obedecer.

Uno por uno fueron recorridos los alojamientos, dentro de los

cuates se amontonaban aquellos espectros humanos que ni a mirar osaban, Schacht los fue examinando una por uno, con la mayor atención, reconociendo sus brazos, como si buscara en algún punto de la piel acartonada, un indicio que abonara la teoría que en el fondo de su cerebro albergaba.

No fue una tarea breve. A cada momento hacía registrar todos los rincones susceptibles de ser utilizados como escondite.

Varias horas duró aquella rebusca hasta que, al fin, haciendo patente su mal humor, regresaron al despacho de la dirección.

—Nada —dijo el alemán, con desaliento, dirigiéndose a Yamagata—. No se encuentran aquí.

—¿Puedo saber a quién se refiere? —preguntó el director—. Quizá yo pueda darle algún informe.

—Si las personas a las cuales trato de encontrar hubiesen estado aquí, usted no se habría enterado, coronel —repuso Schacht, colérico—. Juraría que hasta hoy no puso un pie en los pabellones.

El japonés se mordió los labios, pero no dijo nada. Al fin, habló Yamagata para expresar el pensamiento del alemán, obedeciendo a una insinuación de éste:

—Se trata de la doctora Bessel, norteamericana, que acompañada de su hermana y dos malayos desconocidos, escaparon de Cheriban, hace quince días.

—¿Y por qué habían de encontrarse en este sitio? —se atrevió a dudar el coronel.

—Hace tres días fue asaltado uno de nuestros convoyes sanitarios, muertos sus servidores y confiscados los medicamentos que se enviaban al hospital militar de Pasardang.

—¿Suponen que ese hecho pueda estar relacionado con esa señora, y ella, a su vez, con nuestro campo? —apunto el director, insistiendo en sus medrosas preguntas.

—Por lo visto no quiere comprenderlo, coronel —se impacientó el alemán—. Fanny Bessel fue comisionada por el mando aliado para prestar los auxilios de su ciencia a los afectados por la epidemia dentro de los campos de concentración, pero nosotros la necesitamos para que se ocupe de nuestros propios enfermos.

—Entonces, ¿supone que vendrá aquí? —sugirió el japonés.

—¡Exactamente! —gritó Schacht frenético, ordenando después —: Haga que se redoble la vigilancia. —Y golpeando la mesa con la

mano abierta, Concluyó—: Usted me responderá con su cabeza del error que sus hombres puedan cometer.

* * *

Aquella noche, el padre Tomás cruzó la puerta de uno de los pabellones llevando en sus brazos el cadáver de un niño. Había sido necesario arrancarlo a viva fuerza del lado de su madre, quien en modo alguno se resignaba a separarse de aquel hijo que, a los tres años de edad, la fatalidad le arrebatara. Nacido en el cautiverio, la muerte había jugado con su vida para llevárselo cuando más necesario era al corazón de la madre.

El padre Tomás, no estaba dispuesto a dejar de cumplir con el deber de misericordia que le mandaba dar sepultura a los muertos. Solo, con su frágil e inerte carga, se encaminaba a un lugar alejado de las construcciones de madera, cuando un soldado japonés salió a su encuentro. El franciscano, sin decir nada, le mostró el cadáver.

El centinela contempló a la criatura durante unos momentos y, luego, como si obedeciera a una voz misteriosa, de extrañas entonaciones, lo dejó pasar, bajando los ojos, en cuyas pupilas brilló el resplandor de una lágrima.

—¡Bendito sea Dios! —bisbiseó el religioso, alejándose con una sonrisa inefable, tal vez a causa del gozo que acababa de producirle el convencimiento de que, entre los enemigos, también era posible hallar hombres que, como aquel soldado, poseían un corazón sensible.

Cuando estuvo cerca de las alambradas y valiéndose de una azada de las que los prisioneros utilizaban para el cultivo del campo, cavó lo suficiente. Después, dejando el niño muerto depositado en la fosa, lo cubrió de tierra y clavó en el montículo una tosca cruz de leños.

Se arrodilló para rezar, pero la piadosa tarea quedó interrumpida por un apagado siseo que le sobresaltó. A pocos pasos de él, un malayo, de una corpulencia extraordinaria, le impuso silencio con gestos y ademanes.

El padre Tomás, suponiendo que se trataría de alguno de los indígenas del campamento, le dijo en lengua malaya:

—Aproxímate, hijo mío.

—Cállese... y escuche —le replicó el hombre, en inglés.

El fraile, mude de asombro, apenas si acertó a replicar:

—¿Quién sois y qué os proponéis?

Por toda respuesta, el recién llegado le Señaló hacia su derecha, por donde acababan de aparecer otras dos figuras, lo que acabó de desconcertar al religioso.

El fingido malayo, es decir, el sargento Mac Douglas, dijo tendiéndole un abultado paquete que el franciscano no había visto hasta entonces:

—Tome. Ellas le explicarán. Cuídelas, y sepa que cerca de aquí hay hombres que están dispuestos a todo por ayudarles.

El padre Tomás se aproximó a los que llegaban, y casi estuvo a punto de gritar al darse cuenta de que se trataba de dos mujeres, pero se contuvo.

—¿Hay peligro de que nos descubran? —preguntó una de ellas, que llevaba en las manos una bolsa de cuero.

—¿Qué pretenden? —Fue la respuesta del religioso.

—Soy la doctora Fanny Bessel, y esta joven, mi hermana. Ya se lo contaré todo, pero, ahora, vea la manera de hacernos pasar al campo sin que nos descubran.

—Seguidme —dijo el padre, sin nuevas dilaciones.

Al llegar donde estaba el centinela, se adelantó a las mujeres. El soldado, al oír pasos, se volvió, y poco a poco fue aproximándose al religioso quien, con un ademán, instó a Fanny y a Norma para que se ocultasen en el chaflán de uno de los barracones. El soldado, una vez junto al padre Tomás, miró a todas partes como si temiera ser sospechoso, y, con voz apagada, declaró:

—Yo soy católico también, padre. Pero sirvo a mi emperador.

El franciscano quedó suspenso un instante, pero luego repuso con dulce palabra:

—No te reprochó esto último, hijo mío. La mano de Nuestro Señor nos lleva a veces por mil caminos diversos, según sus fines. Cumple con tu deber, pero procura que la conciencia de cristiano que dices poseer, no te reproche nunca una acción perversa. —Y haciendo sobre él la señal de la cruz, agregó, señalando hacia el lugar donde quedaba enterrado el niño—: Allí acaba de recibir sepultura un ángel cuya alma estará ya en los cielos. Él puede hacer mucho por ti.

El soldado besó la mano del padre, y con paso lento se encaminó hacia la fosa que la enseña del Calvario coronaba, mientras que Fanny Bessel y Norma, en pos del padre Tomás, penetraban en el primer barracón.

CAPÍTULO XIII

—De Estado Mayor a capitán Lawrence. De Estado Mayor a capitán Lawrence. Esté atento a mensaje que radiaremos dentro de quince minutos. Ahora emita informe. Le escucha el propio general en jefe. Utilice clave 26. Corto.

En su cuartel general, el jefe supremo de las fuerzas aliadas en el Pacífico, sentado ante el aparato de radio, cruzó una pierna sobre la otra, y dio fuego al cigarrillo que tenía entre los labios, disponiéndose a escuchar. Antes, dijo a uno de sus ayudantes:

—Hábleme del capitán Lawrence cuando la operación «Mur» haya entrado en todo su apogeo.

A los pocos momentos, el aparato lanzó tres prolongados silbidos, y comenzó a escucharse la voz del que hablaba. Lo hacía en una jerga extraña e incomprensible, pero un especialista en claves, sentado cerca del general, fue haciéndole la traducción aprovechando las convenientes pausas del locutor que, por boca de su intérprete, decía así:

—«... Fueron recuperados los medicamentos en poder de los japoneses y recibidos los últimos envíos. La epidemia ha sido dominada. Actualmente, los doctores Bessel, auxiliados por la hermana de la canora Bessel, los indonesios leales y los propios cautivos, proceden al tratamiento de los ya contaminados. Las defunciones quedaron reducidas a un dos por ciento, pero la doctora se opone a abandonar la isla. Estima que sus servicios son más necesarios aquí que en la retaguardia. Se producen veinte nacimientos todos los meses. Sería conveniente enviaran específicos adecuados al caso, y productos vitaminados. La guarnición japonesa, ciento cincuenta hombres en la actualidad. Espero noticias. Corto».

El general, cuyo rostro se hallaba radiante, se incorporó diciendo:

—Comuníqueme ahora el mensaje. Ese hombre es digno de que se le guarde esa deferencia. La operación «Mur» obrará como excelente vitamina. —Y luego, dirigiéndose otra vez a su ayudante, indicó—: Recuérdeme que he de firmar el ascenso del capitán Lawrence, sin olvidar la recompensa que tan brillantemente ganó el sargento Mac Douglas.

Después, aproximándose al teniente Filmer, estrechó su mano, al mismo tiempo que le decía:

—También queda algo para usted, capitán —y a un gesto de sorpresa del piloto agregó—: Sin su ayuda valerosa, sin su pericia, la operación *Lazareto* no constituiría el éxito que todos celebramos en esta hora suprema de la victoria.

* * *

Fanny Bessel acusaba en su rostro, pálido y demacrado, los efectos de una vigilia permanente y un trabajo sin tregua. Durante dos días batalló en compañía de Norma y de su esposo (que se le había unido a la noche siguiente, gracias al padre franciscano), hasta conseguir frenar el ímpetu de una enfermedad que amenazaba con dar fin a tantas vidas, pero, ahora, era la suya la que se encontraba en verdadero peligro.

Recostada en uno de los petates, tenía a su lado a Norma y al franciscano que la confortaba, impidiéndole ambos que abandonase el reposo a que el doctor Bessel había dispuesto que estuviese sometida.

—Mire, padre —decía—. Yo estoy mal, ya lo sé, pero aún queda mucho por hacer.

—Los demás se ocupan de ello —le recordó el fraile—. Usted dio de sí todo lo que humanamente era posible.

—¿Pero cómo han de seguir luchando, si comienzan a escasear los medicamentos? La sulfamidopirina y el suero se agotaron esta mañana.

—¡Cállese! —le ordenó, de repente, el religioso.

Han Schacht, seguido de Jimmu Yamagata y del coronel, acababan de penetrar en el pabellón donde, junto a la doctora, se

enracimaban varios centenares de personas.

El apresurado movimiento del padre Tomás fue captado por el alemán, quien, lentamente, se acercó a donde Fanny se encontraba.

—¡Al fin! —dijo, siempre sonriente—. Su llegada, señora Bessel —siguió, sin hacer caso del gesto de repulsión de ella— no podía pasar inadvertida. Su mano supo poner freno a la muerte y, esto, es algo que necesariamente tenía que sorprendernos.

—Y bien... —contestó ella, imperturbable, como si todo le fuese igual después de su triunfo.

—La esperaba.

—Y, ¿qué se propone hacer ahora, señor Schacht? —indagó ella, poniéndose en pie a duras penas, sostenida por el franciscano y su hermana.

—He venido a despedirme —replicó el alemán, en un tono que quiso ser misterioso—. Nos vamos.

—¿Quiénes? —preguntó ella, sin acabar de comprenderle.

—Todos. Sus compatriotas están a punto de desembarcar en Java, y no pensamos permanecer aquí para recibirles.

—Vaya —suspiró Fanny—. Al fin es usted portador de una noticia agradable.

—No del todo, señora Bessel —objetó él, frío pero risueño—. Sepa que Norma me acompañará.

—¿Se ha vuelto loco? —Se irritó la doctora.

—Por su hermana, es verdad —siguió él, lo mismo—. Se burló de mí, pero pienso tomar la revancha.

—Norma no saldrá viva de aquí, se lo aseguro —respondió Fanny, enfurecida.

—Está en un error, señora Bessel —hizo saber el alemán, con un acento que helaba la sangre—. Precisamente, Norma será la única persona que no muera. Sígame, y le mostraré algo lleno de interés.

Como un autómatas, Fanny fue en pos del alemán hasta la puerta del barracón, desde la que se divisaba toda la explanada. Schacht le mostró el lugar en que habían sido emplazadas hasta una docena de ametralladoras, diciéndole:

—He ahí un bacilo contra el que su ciencia no podrá hacer nada de provecho.

—¿Piensa asesinarlos?

—Pretendo liquidar la enojosa cuestión de los prisioneros, al

mismo tiempo que hago un gran servicio a la Humanidad.

—¡Está loco! —se exasperó la doctora.

—No lo crea —continuó Schacht, impasible—. Todas estas personas enfermas llevarían el germen de su terrible dolencia allí donde se encaminaran.

Fanny Bessel, sobre cuyos ojos enrojecidos por la fiebre acababa de posarse un velo de luto, se abalanzó hacia Yamagata, pretendiendo arrebatarse la pistola, pero las manos de sus acompañantes cayeron sobre ella, haciéndola caer al suelo, donde quedó postrada.

Y mientras Norma y el padre se arrodillaban a su lado para atenderla, Hans Schacht, seguido de los otros, abandonaba el barracón envuelto en su cínica sonrisa de hielo.

CAPÍTULO XIV

—Faltaban doce horas para que se produzca el desembarco — anunció Víctor Lawrence dirigiéndose a Mac Douglas y a Linga.

—Nunca un hecho de armas de esa naturaleza se produjo en un momento más oportuno —comentó el sargento—. Según los informes facilitados por Miasaki, los medicamentos se han concluido y el trato de rigor agudizado en las últimas horas.

—El leopardo ser más feroz herido de muerte —hizo notar Linga.

Se hallaban en el interior del antiguo templo indio consagrado al culto de Boelalang, el dios de los endriagos, los vestiglos y lamias, cuyas figuras monstruosas decoraban las paredes y los pasadizos secretos del subterráneo utilizado por los «comandos» e indonesios como refugio.

—Jamás pude imaginar que un japonés nos prestase tan estupendos servicios —siguió hablando Mac Douglas—. Si ese cerdo de Schacht llega a descubrirlo...

Se interrumpió por la entrada brusca de uno de los hombres de Linga, que, bastante excitado, notificó:

—Soldado japonés venir. Algo grave querer comunicar.

Lawrence no quiso esperar a que pasara, y salió a su encuentro. El confidente se hallaba muy alterado cuando se expresó de esta manera:

—Al amanecer serán ametrallados sesenta u ochenta hombres entre los prisioneros más ilustres o significados. Se nos ha mandado abandonar el campo, pero el extranjero quiere dejar tras de sí esta huella perversa.

—Gracias, Miasaki —replicó Lawrence, que dispuso dirigiéndose a Linga—: Prepare a sus hombres. Hemos de evitar que se realice

ese proyecto —y luego aconsejó al japonés—: Tú, quédate aquí. Si te descubren, lo pasarás mal.

—No. Yo me voy otra vez —repuso, solemne, el soldado—. Vine a cumplir con mi conciencia. Ahora debo ir a cumplir con mi deber.

El capitán lo miró con respeto antes de contestar:

—Está bien, Miasaki. ¡Ojalá sólo consigamos hacerte prisionero!

Tan pronto como el japonés hubo desaparecido, Víctor Lawrence se apoderó de una de las «Thompson», y volviéndose hacia Linga, lo interrogó:

—¿De cuántos hombres dispones?

—Treinta —repuso el indígena—. Pero serán doscientos a la hora del combate.

Los dos «comandos», con las ametralladoras en las manos y seguidos por los indonesios, abandonaron el templo de Boelalang, cruzando ante aquellas horribles figuras que parecían sonreírles con un mohín de exterminio y de muerte.

* * *

El resplandor perenne de la noche javanesa, de una luminosidad tal que hace que las sombras se diluyan bajo el palio de una fosforescente azulada, mostrando de manera violenta las siluetas de las cosas, impedía a los expedicionarios aproximarse demasiado al campo para tomar posiciones ventajosas.

A pesar de todo, habían logrado llegar hasta un punto desde el que les era posible distinguir sin gran dificultad el emplazamiento de las ametralladoras japonesas, situadas en lo que dentro de unas horas debería convertirse en lugar de exterminio.

Media docena de centinelas, fusil al brazo, vigilaban ante los barracones de madera, cerrados con llave, y desde el interior de los cuales llegaban hasta ellos las exclamaciones, llantos y gritos desesperados de los que, conociendo ya el triste sino que les aguardaba, que no era otro sino morir de hambre o bajo las garras de las fieras para aquellos que se atrevieran a penetrar en la selva, no podían resignarse con su suerte.

El sargento, una vez cumplida la misión de descubierta que le encomendó el capitán, regreso junto a Lawrence para informarle.

—Duermen aún los verdugos, pero estremece oír a esos

desgraciados.

—Está bien, sargento —dijo Lawrence, después de escucharle y adoptando el tono enérgico, castrense, que le distinguía en los momentos solemnes—. Que cada hombre ocupe el lugar que le ha sido señalado, y que nadie dispare hasta recibir la orden de hacerlo.

Las instrucciones del capitán fueron transmitidas también por Linga a los indonesios, y todos quedaron apostados, a la espera del instante preciso.

Poco a poco, la luz del alba comenzó a extenderse como un sudario luminoso y resplandeciente. El silencio se había hecho ahora en el campo, como si los que hasta, entonces estuvieron lanzando sus clamores baldíos, se hubiesen entregado por fin al fatalismo de los hechos irremediables.

La silueta del pabellón ocupado por los japoneses, el más amplio de todos, comenzó a iluminarse con los primeros resplandores de la aurora, y no tardó en ser completamente visible. Entonces, la bandera japonesa fue izada, y una corneta dejó oír los sonos vibrantes de su llamada.

Era el momento tan ansiosamente esperado. En breve, toda la guarnición se hallaría fuera, preparada para la ejecución, a la que seguiría la marcha. Víctor Lawrence renovó la orden de no hacer fuego sin su consentimiento, y esperó con el dedo puesto sobre el percusor del arma.

Los japoneses no tardaron en ir apareciendo en la explanada. Llevaban sobre ellos todo su equipo y el armamento. Del pabellón principal salió también Schacht, seguido de los restantes jefes. Lucían todos un continente marcial, como si el hecho que iban a llevar a cabo no tuviese otra trascendencia que la de una simple maniobra militar.

El alemán inspeccionó uno por uno los emplazamientos de las ametralladoras y, hallándolas conforme a su deseo, habló algo al coronel jefe del campo, quien a su vez, dispuso que un pelotón se encaminara a los barracones y obligase a salir a los prisioneros sentenciados a muerte.

Pero, estos hombres, no habían de llegar a su destino.

Las «Thompson» de los «comandos», los rifles y las bombas de mano arrojadas por los indonesios en un vértigo de velocidad, los hicieron rodar por tierra, abriendo profundas brechas en sus filas.

El estupor que el ataque produjo en los nipones, fue bien aprovechado por sus agresores. El diluvio de plomo y metralla segaba las vidas, sin que ni de responder tuviesen ocasión.

Perseguidos en su desbandada por un fuego implacable, eran abatidos irremisiblemente.

Los asaltantes, a medida que disparaban se habían ido aproximando, de modo que, en poco tiempo, la explanada quedó convertida en un bien repleto cementerio. Los japoneses que lograron salvar la barrera, perseguidos sin compasión, yacían en los alrededores, cara a un cielo grisáceo que había comenzado a llenarse con el runrún creciente de los pájaros de acero que los cruzaban en todas direcciones.

Las puertas de los cobertizos, abiertas violentamente por el empuje de los que dentro se encontraban, dejaron escapar una riada humana que se desbordó rugiente y vociferadora, poseída por un fervor que el júbilo de la liberación convertía en demencia.

El capitán Lawrence se hallaba aun contemplando los cadáveres de Hans Schacht y Jimmu Yamagata, tendidos al pie del mástil sobre el que ya no ondeaba orgullosa la enseña del sol naciente, cuando sintió que una mane se apoyaba sobre su hombro.

Al volverse, sus ojos se encontraron con los de Fanny Bessel, que acompañada de su esposo, de Norma y del padre Tomás, le miraban brillantes, con un brillo extraordinario de admiración y gratitud.

—Gracias, capitán —le dijo—. Sin ustedes, sin su arrojo, sin su inteligencia portentosa, no podría ser ésta la hora más feliz de mi vida.

—No tiene importancia, doctora Bessel —replicó Lawrence—. Me he limitado a velar por usted, que es lo que se me ordenó.

Un zumbido gigantesco, de hélices que batían muy cerca de sus cabezas, les hizo levantar la mirada.

A pocos metros, y como sostenido por una mano poderosa, se hallaba quieto un helicóptero.

—¡Filmer! ¡Es Filmer! —gritó Fanny, al ver al que desde arriba agitaba un brazo fuera del aparato.

Y mientras que el moderno ingenio de guerra se posaba en el suelo mansamente, Víctor Lawrence se acercó a Norma, que no había dejado de mirarle con aquella mirada suya honda, abrasadora, de sevillana o cordobesa.

—¿Cree que para nosotros puede haber llegado también la hora de la paz? —le preguntó ella.

—Así lo espero —repuso él—. Siempre que las condiciones no sean demasiado duras, y... eso, nadie mejor que usted puede saberlo.

Y se abrazaron.

A otra parte, Fanny y Ricardo Bessel entonaban la misma canción, sólo que sin valerse de los labios, unidos en un beso interminable.

Cuando pasado este primer impulso se apartaron, dijo él:

—Ya ha terminado la pesadilla. Mañana en casa.

—Entonces —repuso Fanny, apoyando la cabeza en el hombre de su marido— la vida empieza mañana.

Mac Douglas, mudo testigo de esas efusiones, se rascó la cabeza, y comprendiendo que allí nada tenía que nacer, se acercó a uno de los paracaidistas que habían comenzado a llegar desde las alturas, diciéndole al mismo tiempo que le arrebatava la cantimplora colgada del cinturón.

—A ver, muchacho. Déjame que pruebe eso.

Y ante el asombro del soldado que lo contemplaba estupefacto en su disfraz de malayo descolorido, se empinó el recipiente, exclamando luego de chascar:

—¡Si llega a ser agua te asesino! ¡Ya nos ha caído bastante en este maldito país!

Pero, en este momento, dio comienzo uno de esos diluvios torrenciales que convierten a Java en la más exuberante de todas las florestas del globo.

FIN